

AD^RVE^ENTI^VSTA^S



Biografías Bíblicas:

*Ejemplos del pasado
para los desafíos
del presente*

MENSAJES PARA LA SEMANA DE ORACION

Biografías inspiradoras de la Biblia

*Un mensaje de los administradores de la
Asociación General.*

En Africa los nombres de mucha gente se remontan a la relación de los nativos con los misioneros que llegaron a dichas tierras. A medida que los africanos aceptaron el evangelio o comenzaron a contar las escuelas adventistas, los misioneros empezaron a ponerles nombres de personajes bíblicos, instándolos a que los honraran con su vida.

Recuerdo mi primer día en la escuela. Mi madre me acompañó a la oficina del director. Este profesor cristiano, mirándome, dijo: "Tú eres Mateo". Luego me di cuenta de que le dijo algo a mi mamá, y por su expresión facial deduje que quedó satisfecha.

No tengo un cómputo preciso de cuántas veces en el pasado se me recordó que me habían dado el nombre de un discípulo de Jesús, con la esperanza de que creciera siendo como él.

Hubiera sido un error, sin embargo, tratar de emular a estos siervos de Dios como si fuesen personas intachables. "Los hombres a quienes Dios favoreció, y a quienes confió grandes responsabilidades, fueron a veces vencidos por la tentación y cometieron

pecados. . . Sus vidas, con todos sus defectos y extravíos están ante nosotros, para que nos sirvan de aliento y amonestación. Si se los hubiese presentado como personas intachables, nosotros, con nuestra naturaleza pecaminosa, podríamos desesperar por nuestros errores y fracasos. Pero viendo cómo lucharon otros con desalientos como los nuestros, cómo cayeron en la tentación como nos ha ocurrido a nosotros, y cómo, sin embargo se reanimaron y llegaron a triunfar mediante la gracia de Dios, nos sentimos alentados en nuestra lucha por la justicia. . . Por otro lado, la narración de sus vidas puede servirnos de amonestación. Muestra que de ninguna manera justifica Dios al culpable" (*Patriarcas y profetas*, p. 242).

Al estudiar las vidas de estos personajes bíblicos, durante las reuniones de esta *Semana de oración*, anhelamos que el análisis motive en cada uno el interés por el reavivamiento y la reforma que necesitamos para encarar el desafío de la década del 90.

Matthew Bediako

Matthew Bediako es uno de los vicepresidentes de la Asociación General.

Revista mensual de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en la División Sudamericana. Año 91 - Octubre - Nº 10

Director Werner Mayr
Director Asociado Luis A. del Pozo
Redactor Ricardo Bentancur
Secretaría Viviana C. Boidi
Director de Arte Luis Marsón
Diagramador Arturo Krieghoff
Fotógrafo Hugo Primucci

Gerente General Roberto Gullón
Presidente del Consejo Editorial Werner Mayr
Gerente Financiero Ariel Quispe
Gerente de Distribución Arbin E. Lust
Gerente de Producción Daniel Pérez

Colaboradores especiales: Sudamérica João Wolff, Edwin Mayer. Unión Austral Bruno Raso; Unión Chilena Carlos Walther C.; Unión Incaica Melchor Ferreyra; Brasil Rubens Lessa. Otras divisiones William Johnson, Myron Widmer, Kit Watts, Carlos Medley, Eugene Durand y Roy Adams.

REVISTA ADVENTISTA. Editada e impresa mensualmente por la Asociación Casa Editora Sudamericana para la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la Argentina mediante el sistema offset. Redacción, administración y talleres: Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, R. Argentina. Tel. 760-0416.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 223419	Franqueo a pagar Cuenta N° 199
IMPRESO EN LA ARGENTINA Printed in Argentina	Corrao Argentino Florida (B) y Central (B)



Juan el Bautista

Preparando el camino para Jesús.

ELENA DE WHITE

“**D**e entre los fieles de Israel, que por largo tiempo habían esperado la venida del Mesías, surgió el precursor de Cristo. El anciano sacerdote Zacarías y su esposa Elisabet eran ‘justos delante de Dios’; y en su vida tranquila y santa, la luz de la fe resplandecía como una estrella en medio de las tinieblas de aquellos días malos. A esta piadosa pareja se le prometió un hijo, que iría ‘ante la faz del Señor, para aparejar sus caminos’...”

“Antes que naciera Juan, el ángel había dicho: ‘Será grande delante de Dios, y no beberá vino ni sidra; y será lleno del Espíritu Santo’. Dios había llamado al hijo de Zacarías a una gran obra, la mayor que hubiera sido confiada alguna vez a los hombres. A fin de ejecutar esta obra, el Señor debía obrar con él. Y el Espíritu de Dios estaría con él si prestaba atención a las instrucciones del ángel.

“Juan había de salir como mensajero de Jehová, para comunicar a los hombres la luz de Dios. Debía dar una nueva dirección a sus pensamientos. Debía hacerles sentir la santidad de los requerimientos de Dios, y su necesidad de la perfecta justicia divina. Un mensajero tal debía ser santo. Debía ser templo del Espíritu de Dios. A fin de cumplir su misión, debía tener una constitución física sana, y fuerza mental y espiritual. Por lo tanto, le sería necesario dominar sus apetitos y sus pasiones. Debía poder dominar todas sus facultades, para poder permanecer entre los hombres tan inmovible frente a las circunstancias que le rodeasen como las rocas y montañas del desierto.

“En el tiempo de Juan el Bautista, la codicia de las riquezas, y el amor al lujo y a la ostentación, se habían difundido extensamente. Los placeres sensuales, banquetes y borracheras estaban ocasionando enfermedades físicas y degeneración, embotando las percepciones espirituales y disminuyendo la sensibilidad



al pecado. Juan debía destacarse como reformador. Por su vida abstemia y su ropaje sencillo debía reprobador los excesos de su tiempo. Tal fue el motivo de las indicaciones dadas a los padres de Juan, una lección de temperancia dada por un ángel del trono celestial. . .

“Como profeta, Juan había de ‘convertir los corazones de los padres a los hijos, y los rebeldes a la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo apercebido’. Al preparar el camino para la primera venida de Cristo, representaba a aquellos que han de preparar un pueblo para la segunda venida de nuestro Señor. El mundo está entregado a la sensualidad. Abundan los errores y las fábulas. Se han multiplicado las trampas de Satanás para destruir las almas. Todos los que quieren alcanzar la santidad en el temor de Dios deben aprender las lecciones de temperancia y dominio propio. Las pasiones y los apetitos deben ser mantenidos sujetos a las facultades superiores de la mente. . .

“Dios no le envió [a Juan] a los maestros de teología para que aprendiese a interpretar las Escrituras. Le llamó al desierto, para que aprendiese de la naturaleza, y del Dios de la naturaleza.

“Fue en una región solitaria donde halló hogar, en medio de las colinas áridas, de los desfiladeros salvajes y las cuevas rocosas. . .

“Pero Juan no pasaba la vida en ociosidad, ni en lóbreguez ascética o aislamiento egoísta. De vez en cuando salía a mezclarse con los hombres; y siempre observaba con interés lo que sucedía en el mundo. Desde su tranquilo retiro, vigilaba el desarrollo de los sucesos”.

La voz en el desierto

“Cuando comenzó el ministerio de Juan, la nación estaba en una condición de excitación y descontento rayana en la revolución. . .

“En medio de las discordias y las luchas, se oyó una voz procedente del desierto, una voz sorprendente y austera, aunque llena de esperanza: ‘Arrepentíos, que el reino de los cielos se ha acercado’. . . Con el espíritu y poder de Elías, denunciaba la corrupción nacional y reprendía los pecados prevalecientes. Sus palabras eran claras, directas y convincentes. . .

“Juan proclamaba la venida del Mesías, e invitaba al pueblo a arrepentirse. Como símbolo de la purificación del pecado, bautizaba en las aguas del Jordán. Así, mediante una lección objetiva muy significativa, declaraba que todos los que

querían formar parte del pueblo elegido de Dios estaban contaminados por el pecado y que sin la purificación del corazón y de la vida, no podrían tener parte en el reino del Mesías. . .

“Todos los que se hacían súbditos del reino de Cristo, decía él, debían dar evidencia de fe y arrepentimiento. En su vida debía notarse la bondad, la honradez y la fidelidad. Debían atender a los menesterosos, y presentar sus ofrendas a Dios. Debían proteger a los indefensos y dar un ejemplo de virtud y compasión. . .

“Muchos prestaban oído a sus instrucciones. Muchos lo sacrificaban todo a fin de obedecer. Multitudes seguían de lugar en lugar a ese nuevo maestro, y no pocos abrigaban la esperanza de que fuese el Mesías. Pero al ver Juan que el pueblo se volvía hacia él, buscaba toda oportunidad de dirigir su fe a Aquel que había de venir”.

“A él conviene crecer”

“Durante un tiempo la influencia del Bautista sobre la nación había sido mayor que la de sus gobernantes, sacerdotes o príncipes. Si hubiese declarado que era el Mesías y encabezado una rebelión contra Roma, los sacerdotes y el pueblo se habrían agolpado alrededor de su estandarte. Satanás había estado listo para asediar a Juan el Bautista con toda consideración halagadora para la ambición de los conquistadores del mundo. Pero, frente a las evidencias que tenía de su poder, había rechazado constantemente esta magnífica seducción. Había dirigido hacia Otro la atención que se fijaba en él. . .

“Juan tenía por naturaleza los defectos y las debilidades comunes a la humanidad, pero el toque del amor divino le había transformado. Moraba en una atmósfera que no estaba contaminada con el egoísmo y la ambición, y lejos de los miasmas de los celos. . .

“Mirando con fe al Redentor, Juan se elevó a la altura de la abnegación. No trató de atraer a los hombres a sí mismo, sino de elevar sus pensamientos siempre más alto hasta que se fijasen en el Cordero de Dios. . .

“Los que son fieles a su vocación como mensajeros de Dios no buscarán honra para sí mismos. El amor del yo desaparecerá en el amor de Cristo. Ninguna rivalidad mancillará la preciosa causa del evangelio. Reconocerán que les toca proclamar como Juan el Bautista: ‘He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo’ (Juan 1: 29). Elevarán a Jesús, y con él la humanidad será elevada”.

La causa de los sufrimientos de Juan

“Juan el Bautista había sido el primero en proclamar el reino de Cristo, y fue también el primero en sufrir. Desde el aire libre del desierto y las vastas muchedumbres que habían estado suspensas de sus palabras, pasó a quedar encerrado entre las murallas de una mazmorra, encarcelado en la fortaleza de Herodes Antipas. . .

“En su misión, el Bautista se había destacado como intrépido reprensor de la iniquidad, tanto entre los encumbrados como entre los humildes. Había osado hacer frente al rey Herodes y reprocharle claramente su pecado. . . Y ahora, desde su mazmorra, esperaba ver al León de la tribu de Judá derribar el orgullo del opresor y librar a los pobres y al que clamaba. Pero Jesús parecía conformarse con reunir discípulos en derredor suyo, y sanar y enseñar a la gente. Comía en la mesa de los publicanos, mientras que cada día el yugo romano pesaba siempre más sobre Israel; el rey Herodes y su vil amante realizaban su voluntad, y los clamores de los pobres dolientes ascendían al cielo.

“Todo esto le parecía un misterio insondable al profeta del desierto. . .

“Pero el Bautista no renunció a su fe en Cristo. . .

“Era en la cárcel el mismo en su lealtad a Dios y celo por la justicia, que cuando predicaba el mensaje de Dios en el desierto. . .

“Para muchos, un profundo misterio rodea la suerte de Juan el Bautista. Se preguntan por qué se le debía dejar languidecer y morir en la cárcel. Nuestra visión humana no puede penetrar el misterio de esta sombría providencia; pero ésta no puede conmovir nuestra confianza en Dios cuando recordamos que Juan no era sino partícipe de los sufrimientos de Cristo. Todos los que sigan a Cristo llevarán la corona del sacrificio. . .

“Jesús no se interpuso para librar a su siervo. Sabía que Juan soportaría la prueba. Gozosamente habría ido el Salvador a Juan, para alegrar la lóbreguez de la mazmorra con su presencia. Pero no debía colocarse en las manos de sus enemigos, ni hacer peligrar su propia misión. Gustosamente habría librado a su siervo fiel. Pero por causa de los millares que en años posteriores debían pasar de la cárcel a la muerte, Juan había de beber la copa del martirio. Mientras los discípulos de Jesús languideciesen en solitarias celdas, o pereciesen por la espada, el po-

tro o la hoguera, aparentemente abandonados de Dios y de los hombres, ¡qué apoyo iba a ser para su corazón el pensamiento de que Juan el Bautista, cuya fidelidad Cristo mismo había atestiguado, había experimentado algo similar!

“Se le permitió a Satanás abreviar la vida terrenal del mensajero de Dios; pero el destructor no podía alcanzar esa vida que ‘está escondida con Cristo en Dios’ (Col. 3: 3). Se regocijó por haber causado pesar a Cristo; pero no había logrado vencer a Juan. La misma muerte le puso para siempre fuera del alcance de la tentación. En su guerra, Satanás estaba revelando su carácter. Puso de manifiesto, delante del universo que la presenciaba, su enemistad hacia Dios y el hombre.

“Aunque ninguna liberación milagrosa fue concedida a Juan, no fue abandonado. Siempre tuvo la compañía de los ángeles celestiales, que le hacían comprender las profecías concernientes a Cristo y las preciosas promesas de la Escritura. Estas eran su sostén, como iban a ser el sostén del pueblo de Dios a través de los siglos venideros. A Juan el Bautista, como a aquellos que vinieron después de él, se aseguró: ‘He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo’ (Mat. 28: 20).

“Dios no conduce nunca a sus hijos de otra manera que la que ellos elegirían si pudiesen ver el fin desde el principio, y discernir la gloria del propósito que están cumpliendo como colaboradores suyos. Ni Enoc, que fue trasladado al cielo, ni Elías, que ascendió en un carro de fuego, fueron mayores o más honrados que Juan el Bautista, que pereció solo en la mazmorra. ‘A vosotros es concedido por Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él’ (Fil. 1: 29). Y de todos los dones que el Cielo puede conceder a los hombres, la comunión con Cristo en sus sufrimientos es el más grave cometido y el más alto honor”.

La verdadera grandeza

“De cierto os digo, que no se levantó entre los que nacen de mujeres otro mayor que Juan el Bautista’. En el anuncio hecho a Zacarías antes del nacimiento de Juan, el ángel había declarado: ‘Será grande delante de Dios’ (Luc. 1: 15). En la estima del cielo, ¿qué constituye la grandeza? . . . Lo que Dios aprecia es el valor moral. El amor y la pureza son los atributos que más estima. Juan era grande a la vista del Señor cuando, delante de los mensajeros del Sanedrín, delante de la gente y de sus propios discípulos, no buscó honra para sí mismo sino que a to-



dos indicó a Jesús como el Prometido. Su abnegado gozo en el ministerio de Cristo presenta el más alto tipo de nobleza que se haya revelado en el hombre.

“El testimonio dado acerca de él después de su muerte, por aquellos que le oyeron testificar acerca de Jesús, fue: ‘Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; mas todo lo que Juan dijo de éste, era verdad’ (Juan 10: 41). No le fue dado a Juan hacer bajar fuego del cielo, ni resucitar muertos, como Elías lo había hecho, ni manejar la vara del poder en el nombre de Dios como Moisés. Fue enviado a pregonar el advenimiento del Salvador, y a invitar a la gente a prepararse para su venida. Tan fielmente cumplió su misión, que al recordar la gente lo que había enseñado acerca de Jesús, podía decir: ‘Todo lo que Juan dijo de éste, era verdad’. Cada discípulo del Maestro está llamado a dar semejante testimonio de Cristo”.

Preguntas para dialogar

1. ¿Cómo describe Elena de White las cualidades de Juan el Bautista como precursor del Mesías?
2. ¿Qué paralelismo puede trazar entre Juan el Bautista y el pueblo de Dios que vive en el tiempo del fin?
3. ¿Qué nos enseña la vida de Juan el Bautista acerca del sufrimiento?

*ELENA DE WHITE fue una de las fundadoras de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Trabajó en 3 continentes, pero su obra es de alcance mundial. Fue una de las escritoras más prolíficas de todos los tiempos. Su producción, al tiempo de su muerte, excedía las 100 mil páginas. (El siguiente material está tomado de los capítulos 10, 18 y 22 de *El Deseado de todas las gentes*.)*

La firmeza de Rut

Aprendamos a tener fe de la experiencia de una joya "extranjera".

COLLETTE JOY PEKAR

Ayer le pusimos nombre a mi nieto recién nacido: Obed. El nombre significa "adoración". Sí, en verdad es un nombre original para un ser tan pequeñito, pero usted comprenderá cuando escuche mi relato.

Comenzó en Belén. Después de varios años sin lluvias, nuestras provisiones de alimentos ya estaban casi agotadas, y mi esposo, Elimelec, se vio obligado a dirigirse al lugar más cercano posible que pudiera proveernos el sustento para nuestros 2 hijos adolescentes. Ninguno de ellos había gozado de buena salud. En realidad, les pusimos por nombre Mahlón —que significa "enfermizo"— y Quelión —que significa "consunción"—, porque no pudimos evitar que sufrieran de desnutrición.

Elimelec decidió que debíamos mudarnos a Moab, a pesar de mis ruegos de permanecer en Belén, el hogar de nuestros ancestros. Los moabitas me resultaban repulsivos por su adoración a Quemós, los sacrificios de niños y las orgías de fertilidad. Por todo esto, Dios advirtió especialmente a su pueblo de que no tuviera relación con los moabitas. Con tales influencias, ¿cómo podríamos educar a nuestros hijos adolescentes para que fueran hombres justos?

Aislados

Pero Elimelec estaba decidido. El viaje de 120 km hasta Moab literalmente eliminó toda comunicación con nuestra patria y nuestras amistades creyentes. Cualquier adoración que pudiera realizar, sería a solas con mi familia.

Los años fueron tristes y llenos de pérdidas. Primero murió mi esposo. En mi mente el estigma de la viudez se duplicó: era la pérdida física más el pensamiento que todo lo que nos pasaba bien podía ser un juicio de Dios sobre nuestra

familia por dejar Israel y ser errantes en tierras prohibidas. Mis hijos asumieron muy rápido las responsabilidades de la adultez, y con ternura se dedicaron a mí.

Pero, para mi desaliento, las responsabilidades contraídas incrementaron su toma de conciencia de que se habían convertido en adultos. Estaban impacientes por casarse, por disfrutar de la vida y por procrear hijos que llevaran el nombre de su padre. A pesar de mis oraciones y mis ruegos, ambos encontraron atractivas señoritas moabitas y se casaron. Pasé muchas noches de insomnio y de tensas tertulias tratando de adaptarme a la voraz curiosidad sobre nuestra "extraña" religión. En esos encuentros surgieron preguntas acerca de las leyes de salud, de la observancia del sábado y de los mandamientos. La ignorancia y la idolatría de las jovencitas hizo que la esperanza del retorno de nuestra familia a Israel pareciera más y más remota. Continué adorando a Jehová, pero estaba sola.

Al principio desprecié a las chicas. Entonces, en una noche de desvelo, le conté al Señor acerca de mi angustia. Me di cuenta de que podía guiar a mis hijos y a sus esposas lejos de Dios, o podía fomentar un estilo de vida que modelara una atrayente y comprometida vida de fe. Comencé a orar ardientemente, no sólo por la completa conversión de mis hijos y sus esposas, sino también por un cambio en mi corazón. Sólo Dios podía quebrar mis prejuicios y darme el amor que necesitaba.

Cuando Mahlón, el mayor, enfermó gravemente, tuve la gran oportunidad de conversar y orar con Rut, su esposa. Me maravilló su devoción mientras lo cuidaba continuamente. Ella me escuchó atentamente. Enterada de mi testimonio, sólo hablé palabras de fe, aunque el temor embargaba mi alma. Luego llegó el momento agrí dulce cuando me rogó que le contara las historias del poder de Dios para encontrar consuelo de su pérdida. El Señor estaba respondiendo mis oracio-

nes por su conversión, ¡pero de una manera dolorosa! Al poco tiempo Quelión enfermó, y en pocos días también él fue segado por la muerte.

De pronto me encontré completamente sola en tierra extraña. Mi único contacto humano eran las visitas diarias de Orfa y Rut cada tarde, cuando me traían comida. Rut continuó haciéndome preguntas, y su apertura me proporcionó un rayo de esperanza de que quizá Dios todavía podría sacar algún bien de mi aparente situación desesperanzada.

Señales de cambio

Un día Orfa vino del mercado trayendo la buena noticia de que habría una buena cosecha en Israel, la primera en muchos años, pues la sequía había terminado. Repentinamente anhelé regresar a mi tierra. Tuve una nueva perspectiva, una manera renovada de expresar mi deseo de reunirme con el pueblo de Dios.

Las semanas pasaron lentamente. Estaba ansiosa porque había llegado el tiempo de la cosecha de cebada, así que planifiqué mi regreso cuidadosamente. Mientras Rut me visitaba cada tarde, sus preguntas se hicieron cada vez más y más específicas. Su comprensión de Dios y su voluntad fueron creciendo. Me preguntaba qué sería de su naciente fe cuando regresara a mi hogar. Yo tenía el derecho de demandar que ambas jovencitas viajaran conmigo y me mantuvieran por el resto de mi vida. Pero nunca las forzaría a dejar a sus familiares, su tierra natal, su forma de vida; regresaría sola. Ellas tenían que volver al hogar de sus padres, donde podrían casarse y reconstruir sus jóvenes vidas.

Mientras compartía mis planes con ellas, les dije que serían bienvenidas si venían conmigo, pero las animé a que permanecieran con sus padres. Les expliqué que como mujeres moabitas en Israel nunca serían consideradas idóneas para el casamiento. No obstante, Rut expre-

só rápidamente sus intenciones de acompañarme; pero Orfa vacilaba entre el deber y la inclinación de sus afectos. Después de días de deliberaciones, ambas decidieron venir conmigo a Belén. Estaba agradecida de tenerlas como compañía, pero también atemorizada por la recepción que recibirían en Israel.

Regreso al hogar

El desolado viaje de 120 km hasta Belén fue difícil para nosotras. El escabroso camino cuesta abajo que nos conducía hacia el Mar Muerto parecía un símbolo de las tempestuosas emociones que cada uno enfrentaba. A pesar de mis recuerdos dolorosos, estaba ansiosa por restablecer lazos con Israel.

Mientras acampábamos a orillas del mar, una noche desperté al oír que Orfa lloraba en la tienda que estaba al lado de la mía, y la memoria de mis propias lágrimas años atrás, mientras me alejaba de Israel, me abrumaron. Aunque amaba a las chicas y ansiaba su compañía, determiné enviarlas de regreso a la mañana siguiente. El cambio radical de estilo de vida sería demasiado difícil para ellas.

De nuevo razoné con ellas, y les expliqué que como moabitas jamás podrían tener la oportunidad de volver a casarse si iban conmigo a Judá. No podría proveerles esposos. La vida conmigo significaría una larga viudez sobre el filo permanente de la pobreza. Orfa estaba en silencio. Finalmente, con el dolor reflejado en sus ojos, decidió desandar sus pasos hacia las colinas y regresar a Moab. Perder a su joven compañera desgarraba el corazón de Rut; las chicas se abrazaron fuertemente como despedida. El lazo final de la vida de Rut estaba siendo probado duramente. Con seguridad, mi soledad en Moab sería la de ellas en Israel. "Regresa —apremié a Rut—. Regresa con tu cuñada a tu gente, a tus dioses".

La respuesta de Rut me detuvo en seco: "¡No me pidas que te deje y que me separe de ti! Iré a donde tú vayas, y viviré donde tú vivas. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios" (Rut 1: 16, versión *Dios habla hoy*).

Repentinamente me di cuenta de que Rut estaba eligiendo no sólo mi compañía sino también a Dios. Momentos antes había tratado de enviarlas de regreso a su vida anterior, a sus dioses antiguos. Como mi esposo antes que yo, había estado ciega a los valores espirituales y sólo había considerado el bienestar material de Rut. Su amable respuesta fue un reproche para mí. Su elección no había

sido sentimental, sino más bien una cuidadosa y deliberada decisión espiritual. Estaba eligiendo un estilo de vida justo y una relación con Dios, incluso al costo de su tierra natal, su familia y la posibilidad de encontrar seguridad en un nuevo casamiento. Ella eligió a Dios por sobre todas las cosas.



Duda y fe

Nos establecimos en mi antiguo hogar en Belén, y un flujo continuo de visitas golpeó a nuestra puerta. Vez tras vez las mujeres me preguntaron acerca de mi esposo y mis hijos. Mientras les contaba y volvía a relatar mi amarga condición, las malas lenguas me azotaban. Seguramente Dios había juzgado severamente a mi familia al viajar dejando atrás la tierra prometida. La compasión de mis vecinos me indujo a que me concentrara en mi mala fortuna, y sus condenaciones distorsionaron mi visión de Dios. Ahora la amargura y los autorreproches duplicaban mi carga de dolor y culpa. Cuando mis amigos me encontraban y saludaban, les pedía que me llamaran *Mara*, que significa "amarga". No podía vivir más tiempo con el nombre que me habían dado cuando nació: *Noemí*, que significa "placentera".

Pero la fe de Rut era lo suficientemente fuerte como para que ella permaneciera confiada, incluso mientras mi fe vacilaba. Ella ya no era dependiente de mi estado de ánimo. Ella ya no me miraba en busca de fortaleza. Ella había aprendido a mirar a Dios. Aun cuando estuviera triste, Rut hacía honor a su nombre, que significa "amigable". A semejanza de un amigo fiel, pasaba por alto mis palabras sin sentido y no se ofendía. En lugar de eso, buscaba formas concretas que aliviaran mi carga. Igno-

rando la tentación del resentimiento y la autocompasión, trató de hacer algo con respecto a nuestra lamentable situación. Se propuso salir a espigar, aunque sabía de las probabilidades que había de ser insultada y ofendida físicamente por ser extranjera. Pero así como confió en Dios mientras dejaba Moab, así confió ahora en que Dios la protegería mientras cumplía con su deber hacia mí.

Ya que Rut confió en que Dios proveería, él vio conveniente dirigirla al campo de Boaz, un pariente de mi familia. Y su disposición para hacer su parte permitió que Dios pudiera hacer exactamente lo necesario, más allá de nuestros sueños más disparatados. El mismo Dios que la indujo a dejar la seguridad de su hogar paterno continuó dirigiendo todo para que cada necesidad fuera satisfecha. El le proveyó un esposo y seguridad financiera. Y a ella —y a mí— le dio un hijo. Ahora las mujeres del pueblo dicen: "Le ha nacido un hijo a Noemí". Su misma existencia es un símbolo de que Dios me ha aceptado. Mientras lo sostengo en mi regazo, puedo proyectarme más allá de mis pérdidas pasadas y de la imagen distorsionada de Dios que tales pérdidas me produjeron.

De modo que al bebé le pusimos por nombre Obed, que significa "adoración", porque es el único nombre apropiado. Ahora me atrevo a creer que podría compartir el gozo de la adoración con un no creyente. Rut aprendió bien la lección y me la re enseñó. Su servicio a Dios, su adoración y confianza, produjeron una serie de acontecimientos que restauraron mi capacidad para adorar a pesar de las dudas y del dolor. Y he aprendido a dar la bienvenida, en el momento de la adoración, a cada ser humano al lado mío, haciendo caso omiso de su raza o su vida pasada. Aquella a quien una vez desprecié se convirtió para mí en alguien de más valor que 7 hijos.

Preguntas para dialogar

1. ¿Cómo consideraría la decisión de Elimelec de trasladarse a Moab? ¿Lo vería como una falta de fe, o un acto de prudencia?
2. ¿Qué lecciones podemos aprender de la evaluación original de Noemí con respecto a Rut en oposición al giro que tomaron las cosas finalmente?
3. ¿Cómo incrementa esta historia nuestra comprensión de la providencia divina?

COLLETTE JOY PEKAR, con su esposo Mark, pastorea dos pequeñas iglesias en el norte de Idaho, Estados Unidos.

David: de las tinieblas a la luz

El perdón de Dios puede alcanzarnos, no importa cuán lejos hayamos llegado.

JAMES COFFIN

He escuchado decir que todo lo que le ocurra a un seguidor de Dios puede convertirse en una oportunidad para alcanzar una mayor espiritualidad. Esas personas piensan que ninguna sombra es demasiado densa u oscura como para impedir que la luz del amor de Dios se vuelva un poco más brillante. Y eso es precisamente lo que he descubierto en mi propia experiencia como rey de Israel.

Claro que mucha gente me considera un gran héroe que vivió una vida fascinante. Todavía hablan de aquella ocasión cuando vencí al gigante Goliat en mi juventud. Otros leen mis salmos y se maravillan de mi talento poético. Cuando la gente escucha que Dios una vez me llamó "un hombre que me agrada" (Hech. 13: 22, versión *Dios habla hoy*), pueden llegar a pensar que mi espiritualidad es superior a la de ellos. Tal vez no saben que demasiado a menudo no fui capaz de hacer lo que debía.

Sin duda, la peor de mis faltas fue mi relación ilícita con Betsabé. Cuando miro hacia atrás y recuerdo aquello todavía sacudo mi cabeza lleno de asombro. ¿Cómo pude ser tan necio y tan egoísta?

Después de la victoria sobre Goliat, fui el principal objeto de la ira del rey Saúl durante años. El me perseguía día y noche para quitarme la vida porque sabía que yo sería el próximo rey de Israel. Nunca me he sentido tan cerca de Dios como en aquella circunstancia. Yo comprendía que de no ser por la protección de Dios, mi vida se habría extinguido en un momento.

Cuando Saúl murió, fui consagrado rey. Me llevó un tiempo conseguir la lealtad de todas las facciones en que estaba dividido Israel, pero poco tiempo después mi reino fue consolidado. El futuro lucía tan luminoso que me volví complaciente.

Ya no sentía aquella necesidad de depender en cada momento de Dios; esa necesidad que sentí cuando vivía escondiéndome de mis perseguidores en el desierto. Y puesto que ello ocurrió lenta e insidiosamente, no me di cuenta de que mi relación con Dios se iba enfriando paulatinamente. Estaba tan ocupado gobernando, que no me quedaba tiempo para reflexionar acerca de mi condición espiritual.

Era primavera. Joab, el general de mi ejército, estaba combatiendo contra los amonitas. Ellos no tenían un ejército tan poderoso como el nuestro y eso me hizo pensar que mi presencia no era necesaria allí. Joab era un buen general. Permanecí en Jerusalén atendiendo asuntos de Estado.

Un día, después de mi siesta, subí a la azotea de mi palacio para ver la ciudad desde allí. Desde ese punto ventajoso no sólo pude ver la ciudad, sino también a una mujer asombrosamente bella que en ese preciso instante se estaba bañando. Obviamente ella no esperaba que alguien la estuviera mirando. No debí detenerme a contemplarla. Ese fue mi error.

¡Era tan hermosa! A partir de ese instante no pude pensar más que en ella. La deseé con tanta intensidad que perdí el juicio. Nada cambió en mí cuando me informaron que se trataba de la esposa de otro hombre. Yo estaba obsesionado. Estaba decidido a no detenerme ante nada con tal de poseerla. Sé que da la impresión de que sólo una persona sumamente maligna pudo haberse visto envuelta en una situación como esa. Y ciertamente lo que hice fue algo terrible, demasiado terrible para que se lo pueda describir adecuadamente. Sin embargo, yo no era una persona viciosa y malvada. Era apenas un seguidor de Dios que bajó su guardia y se convirtió en presa fácil del maligno.

Yo no tenía ninguna intención de casarme con Betsabé, a pesar de lo hermosa que era, una vez que aquella aventura

pasara. Después de todo, ella ya estaba casada. Por lo que a mí tocaba, el asunto era cosa superada. Entonces, unas semanas después, ella me hizo saber que estaba embarazada. Sentí pánico.

¡Culpable!

Técnicamente hablando, tanto Betsabé como yo merecíamos la muerte. Las Escrituras estipulaban que tanto el hombre como la mujer que participaban de una relación adúltera debían ser ejecutados (Lev. 20: 10). Pienso que en última instancia el pueblo no habría llegado a ejecutar a su rey. Pero yo no estaba tan seguro de que no intentarían sacarme del trono. En verdad, me hubiera resultado muy difícil seguir gobernando en caso de que aquello tomara estado público. Yo no necesitaba eso. Yo tenía que encontrar alguna manera de "borrar mis huellas". Y tenía que hacerlo rápidamente. Envié un mensaje a Urías para que abandonara el frente de batalla y viniera a Jerusalén.

Todo hubiera resultado muy sencillo de no haber sido Urías un soldado tan fiel a sus principios. Me hacía temblar el solo hecho de hacerlo venir a mi presencia. Era tan consagrado —al ejército, a sus camaradas de armas, a Joab, a mí, a Dios— que se negó a ir a su casa cuando volvió a Jerusalén. ¿Por qué debía él disfrutar de los placeres de la vida hogareña mientras sus compañeros de armas sufrían las privaciones propias del combate?

A pesar de mis intentos, no pude hacer que Urías cambiara su manera de pensar. Y lo asombroso es que él ni siquiera era un israelita, sino que Israel era su nación adoptiva. Sin embargo, fue más leal al ejército y al Dios de Israel que yo mismo como rey. Cada vez que pienso en eso siento como si estuviera reabriendo una vieja herida.

Pero en ese momento yo estaba tan cegado por mi desesperación como lo había estado antes por la pasión. En lugar de confesar mi pecado a Dios y al pue-

blo, y dejar mi suerte en manos de Dios, sentí que debía rescatarme a mí mismo. La única solución que podía ver para escapar de esa situación era hacer que Urías fuera eliminado. Así que escribí una carta a Joab para asegurarme de que Urías pereciera en el frente de batalla. La sellé, y entonces —hasta el día de hoy no puedo creer lo que hice— le pedí a Urías mismo que la llevara al frente de batalla y se la entregara a Joab.

Pronto llegó a Jerusalén la noticia de que Urías había muerto en batalla. Bet-sabé guardó luto durante el tiempo acostumbrado, y luego ella y yo nos casamos. Pensé que mi plan había tenido éxito. Yo había llegado a estar tan ciego espiritualmente que no reparé en el hecho de que Dios conoce inclusive nuestros pensamientos más íntimos. ¡Dios no puede ser engañado!

Cuando el profeta Natán vino a verme, mi mente estaba tan cegada que ni siquiera sospeché que estaba allí para reprenderme. Mientras me relataba aquella historia acerca de un hombre que tenía una sola corderita, di por sentado que se trataba de una historia real acerca de la conducta despreciable de uno de mis súbditos.

A medida que escuchaba, me encolericé. ¡Que un hombre rico, poseedor de enormes rebaños, cayera tan bajo como para robar a un pobre su única oveja y matarla! “¡Quien ha hecho tal cosa merece la muerte! ¡Y debe pagar cuatro veces el valor de la ovejita, porque actuó sin mostrar ninguna compasión!” (2 Sam. 12: 5, 6; versión *Dios habla hoy*), dije abruptamente y sin pensar.

Pero entonces Natán llegó al clímax de aquel relato ingenioso, cuando dijo: “David, tú eres ese hombre”.

Impactado

Un golpe en la nuca no me habría tomado tan de sorpresa como aquello. Súbitamente, las implicaciones reales de mi sórdida aventura me alcanzaron. Yo había sido consciente de que estaba cometiendo un pecado. Había sabido que mi conducta era condenable. Pero me había convencido a mí mismo de que en realidad todo aquello no había sido *tan* malo.

La parábola relatada por Natán había hecho desmoronar la fachada tras la cual me había ocultado, me había desenmascarado, había puesto de manifiesto lo que yo era en realidad. Y verse a uno mismo tal cual uno es constituye tal vez la peor de las experiencias. Ya no podía negar nada. Permanecí de pie, desnudo, expuesto, quebrado.

Creo que ese quebrantamiento fue la clave de mi recuperación espiritual. Si Natán me hubiera abordado directamente, si hubiese ido directamente al grano, probablemente habría corrido una suerte peor que la de Urías. Pero Dios le concedió la sabiduría necesaria para usar una aproximación que puso delante de mí la verdadera naturaleza de mi pecado. Y después de pronunciar sentencia contra el malvado de aquel relato, yo no podía escapar de la condenación que recayó sobre mí. Acababa de dictar sentencia contra mí mismo.

Durante las semanas y los meses que siguieron, experimenté una agonía como la que no había sentido antes hasta ese momento. Pasé a través de lo que todos los pecadores experimentan cuando logran dimensionar las devastadoras profundidades a las que caen cuando se alejan de Dios, cuando se ven a sí mismos como realmente son.

Me pregunto cómo Dios pudo volver a amarme. Lo que hice fue tan despreciable, tan egoísta, tan inhumano. No fue fácil para mí creer que Dios podía aceptarme. Pero Natán no me dejó sin esperanza. Cuando reconocí que había pecado, él dijo: “El Señor te ha perdonado”. No en forma condicional ni en tiempo futuro, sino en tiempo pasado. El perdón de Dios ya era un hecho consumado.

¡Qué promesa! No era fácil de creer, pero si Dios lo prometía, tenía que tomar su palabra al pie de la letra. Tenía que obligarme a mí mismo a actuar sobre esa promesa, aunque no me sentía digno de ella. No me resultó fácil, pero acepté el perdón de Dios.

Basándome en esa experiencia, déjame que te diga esto: No importa lo que hayas hecho, no importa cuán lejos hayas llegado en tu extravío, Dios puede perdonarte. El quiere perdonarte y te perdonará.

Si bien es cierto que Dios nos perdona, eso no deshace las consecuencias de nuestros pecados. Y antes de irse, Natán me dijo cuáles serían algunos de los terribles resultados que mi pecado traería aparejados: nuestro hijo recién nacido moriría.

Cuando él enfermó, luché desesperadamente con Dios. Ayuné, oré, supliqué. Yo conocía algunas historias en las que Dios había intervenido en respuesta al arrepentimiento de la persona implicada. ¡Cuán esperanzado estaba de que ésta fuera una de esas ocasiones! Pero no ocurrió lo que esperaba. Y 7 días después, nuestro niño murió.

Cuando uno comprende que las consecuencias de un pecado personal deter-

minan la muerte de un hijo, eso hace que resulte terriblemente difícil perdonarse a uno mismo. Y sólo había una manera de conseguirlo: Dios me perdonó. Si Dios podía perdonarme, yo tenía que perdonarme a mí mismo. Pero eso era algo terriblemente difícil.

Perdón

Como escritor, a menudo encuentro que es útil anotar los pensamientos que ocupan mi mente cuando me encuentro luchando con un problema espiritual. Y esta no fue la excepción a la regla. Mientras intentaba encontrar mi senda en medio del desbarajuste que yo había provocado, compuse el Salmo 51.

Se trata de una historia triste que quisiera compartir contigo. Creo que esa historia tiene dos características redentoras: En primer lugar, creo que todo lo que le puede ocurrir a un seguidor de Dios puede convertirse en un escalón que conduzca hacia una espiritualidad mayor. El hecho de haber sido tan obviamente culpable de un crimen tan terrible, y el hecho de haber visto la luz del amor de Dios brillando a través de la oscuridad de mi pecado, hizo que mi amor a Dios cobrara una dimensión sin precedentes para mí.

En segundo lugar, como he escrito en mi pequeño ensayo acerca de mi pecado, espero que mi experiencia y el hecho de contarle a otros pecadores —gente culpable como yo— cómo me ha perdonado Dios, los anime a arrepentirse y a experimentar ese mismo perdón.

Si algo me enseñó esta experiencia fue que nadie está más allá de la posibilidad de caer en pecado, y que el perdón de Dios puede alcanzarnos, no importa cuán lejos hayamos caído. Si Dios me perdonó a mí, eso significa que hay esperanza para todos.

Preguntas para dialogar

1. ¿Cómo puede ser que Dios llame a David “varón conforme a mi corazón” (Hech. 13: 22; “un hombre que me agrada”, versión *Dios habla hoy*), a pesar de que pecó tan deplorablemente?
2. ¿Necesitamos todos repetir la oración contenida en el Salmo 51?
3. ¿Qué lección nos enseña la experiencia de David acerca del amor de Dios?

JAMES COFFIN es editor del periódico Record, de la División del Pacífico Sur, que se publica en Warburton, Victoria, Australia.

Pedro: Jesús me transformó

Recuerdos de traición y perdón.

RUSSELL HOLT

Recuerdo la oreja de aquel hombre caída en el suelo. Y de cuán asustado y angustiado me encontraba. Aquí el tiempo pasa muy despacio; especialmente de noche, cuando no puedo dormir. Es el momento cuando los recuerdos se agolpan sobre mí, haciéndome revivir el pasado.

Los guardias se turnan para dormir durante la noche; estoy encadenado a 4 de ellos. Puedo escuchar cómo respiran. Los 4 que están en la puerta todavía siguen intercambiando relatos. Otros 4 están en la parte exterior de la cárcel, muy lejos; no sé lo que están haciendo. Una vez más estoy sólo con mis recuerdos.

Durante toda esa tarde, el Maestro había hablado en forma extraña, insinuando advertencias que no entendimos ni podíamos entender. Dijo que sería herido y que todos nos asustaríamos. Mencionó que todos lo abandonaríamos.

“Yo no. Yo te seguiré no importa donde fueres —insisti—. Prisión, muerte, dondequiera”. Y realmente hablaba en serio. ¡Oh, cuán en serio hablaba! Pensé que podría enfrentar cualquier cosa que estuviera delante, con tal de permanecer cerca del Maestro. Desde entonces he estado aprendiendo algunas cosas respecto de mí mismo. Cosas dolorosas. Estaba en lo correcto respecto de algunas cosas, pensé. Lo he seguido hasta la prisión, y probablemente también lo seguiré hasta la muerte.

Cuando me dijo que lo negaría 3 veces, lo negué terminantemente. Aún ahora, algunas veces me niego a pensar en esto. Me lastima mucho.

Durmiendo

Cuando vino la multitud, dormíamos. Yo estaba tratando de permanecer despierto y de orar, pero me encontraba divagando en medio de mis pensamientos. Al ver algunas luces a través de los árbo-

les, me desperté. Escuché voces, y entonces vi al Maestro que salía a la luz de la Luna para enfrentar a la muchedumbre. Juan, Santiago y los otros también se despertaron; rodeamos al Maestro.

¿Qué quiere esta turba? ¿Por qué están armados? ¿Por qué está Judas con ellos? Sacudí la cabeza para despejar la modorra. Cuando los hombres se movieron para arrestar al Maestro, todos nos pusimos nerviosos. Antes de saber bien lo que estaba pasando, mi espada estuvo en mi mano y le lancé una estocada al hombre que tenía más cerca. Nadie —ni del lado de ellos ni del nuestro— esperaba eso. Un momento antes, no hubiera imaginado lo que iba a hacer. Ese es el estilo con el que siempre actué: Hago ahora, después calculo las consecuencias. Esta lección la aprendí en situaciones difíciles, y la volví a aprender nuevamente esa noche. No sé cómo hubieran sido las cosas de no haber estado el Maestro.

Mirando hacia el pasado, pienso que debí haber sentido que tenía que demostrar algunas cosas a los demás. Esa es la razón por la cual era tan rápido en atacar. Yo había insistido muy enfáticamente que moriría antes de abandonar al Maestro; había dicho que permanecería a su lado, aunque todos los otros huyeran. ¡Ahora les mostraría que hablaba en serio!

Permanecí mirando la oreja de ese hombre tirada en el suelo y la dramática expresión de su rostro. Todo sucedió tan rápido que realmente creo que no le dio ni tiempo de sentir dolor. Todos retrocedieron y, de algún modo, quedaron congelados por un instante. Entonces, el Maestro se sacó de encima al hombre que lo sostenía e, inclinándose, levantó la oreja. Cuidadosa y rápidamente enjugó la sangre que tenía mezclada con barro y pequeñas piezas de grasa que sobresalían. Ni uno se movió; apenas respiraban. Entonces, el Maestro se acercó con la oreja y tocó al hombre herido. Cuando sacó su mano, no había señal de herida. Sólo una mancha de sangre sobre el hombro de la vestimenta del hombre.

En realidad, todo esto sucedió más rápido de lo que lleva recordarlo. Como despertando de un sueño, la turba se enardeció y rodeó al Maestro nuevamente. Con los otros discípulos, yo retrocedí y me oculté en las sombras. Nos miramos unos a otros alarmados y desesperados. La multitud no nos prestó atención; todas sus intenciones estaban dirigidas hacia el Maestro. Para mi vergüenza, sugerí que nosotros nos salváramos. Instando a los otros, me moví sigilosamente entre los árboles y en las tinieblas. Ellos me siguieron; y cuando logramos estar lo suficientemente lejos, corrimos.

Cuando todos nos habíamos dispersado entre los árboles, yo no me fui muy lejos. Tampoco Juan. Nos detuvimos para mirar atrás, y luego seguimos a la multitud a la distancia. Con el Maestro en el medio, los hombres pasaron rápidamente el riachuelo y las adormecidas calles de la ciudad hasta los cuarteles de Anás, el ex sumo sacerdote. Juan y yo esperamos fuera, en la oscuridad. Después de un tiempo, aparecieron y condujeron al Maestro al palacio de Caifás. Allí, algunos de los sacerdotes reconocieron a Juan y le permitieron entrar al atrio. Cuando él intercedió por mí, dijeron que yo también podía entrar.

En el atrio

Recuerdo haber tenido miedo cuando entramos con Juan en el atrio del sacerdote. Pero algo parecía empujarme a ese lugar. Yo tenía que saber lo que le estaba sucediendo al Maestro. No podía abandonarlo.

Una vez dentro, no sabía qué hacer. Por eso, me reuní con un grupo de personas junto al fuego. Muchos de ellos habían estado en el jardín del Getsemaní. Se reían y se mofaban cruelmente del Maestro. Ahora puedo ver cuán obvio debió haber sido que yo no encajaba en ese lugar. Estaba abatido, y eso era visible.

“Tú eres uno de sus discípulos, ¿no es verdad?” Una joven sierva me formuló la pregunta, y repentinamente pareció que todas las miradas se dirigieron hacia mí. Mi corazón se congeló.

“No sé lo que estás diciendo”, le contesté. Las palabras parecieron fluir por sí solas, sin ningún esfuerzo consciente de mi parte.

Ella se dirigió a la turba. “Es uno de ellos”, dijo, mirándome y meneando su cabeza sobre su hombro.

“¡Te equivocas! ¡No sé nada de él!” Las palabras fueron un poco más penetrantes, con el fin de que me creyeran, pero ella se encogió de hombros y volvió a su trabajo.

Realmente creí que en el jardín habría luchado con gozo por el Maestro. Si hubiera hecho el mínimo esfuerzo por resistir, hubiera muerto por él allí mismo. Pero en el atrio, rodeado por la chusma e intentando ser lo que no era, el coraje se me había esfumado.

Yo me corrí al costado del fuego. Como en un sueño, las escenas del arresto, del atrio y del jardín se mezclaron con imágenes de los últimos 3 años. Recordé cuando caminaba por la orilla del lago mientras Andrés y yo estirábamos las redes. ¡Con cuánto gusto abandonamos la pesca para seguirlo! Aquellos fueron días excitantes, los primeros tiempos. Observarlo realizar milagros; escuchar sus enseñanzas; absorber las instrucciones que nos dio cuando sólo pensábamos en nosotros. ¡Cuán brillante veíamos el futuro! Todos sentíamos que éramos parte de algo muy importante. ¡Y ahora esto! No podía ser. No podía. Me sentía aterido. Los minutos eran una eternidad. ¿Qué haríamos ahora, cuando todos habíamos seguido al Maestro de lugar en lugar? Estábamos seguros de que pronto instauraría el reino.

Después de unos momentos, también otros me acusaron de ser uno de sus seguidores. Yo lo negué inmediatamente (esa vez, negarlo me pareció aún más fácil) y entonces, para mi sorpresa, una maldición salió de mi boca para confirmar mi negación.

Desde ese momento las cosas empeoraron. Un poco más tarde, un familiar del hombre que yo había atacado (los escuché hablando de eso alrededor del fuego) me miró fijamente. “¿No te vi con él en el jardín? Tu debes ser uno de sus seguidores. Tienes un acento galileo”.

Algo estalló en mi interior. Me escuché lanzando palabras terribles. Palabras que yo había escuchado en los muelles de Capernaum. Palabras que había aprendi-

do cuando de joven realizaba el rudo oficio de pescador en el lago. Palabras que ni yo sabía que conocía. Vomité obscenidades y maldiciones sobre el grupo reunido en torno del fuego, hasta que finalmente me encontré vacío y agotado. Tenuemente, escuché cantar a un gallo. Elevé la vista, y vi los ojos del Maestro.

¿Cómo se había enterado? ¿Era tan obvia mi debilidad? Sin importarme lo que la gente pensara en ese momento, salí del atrio enceguecido por las lágrimas.



De vuelta en el jardín

Me encontré de vuelta en el jardín, echado sobre el terreno mojado donde el Maestro había orado poco tiempo antes. Nunca antes había sentido tal angustia y desesperación. El Maestro estaba yendo a la muerte, y no había permanecido a su lado como me había jactado. Le había fallado; lo había negado, no una vez, sino varias veces. Deseé morir.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Gradualmente un recuerdo vino a mi mente. Pensé en el momento cuando le sugerí al Maestro que deberíamos perdonar 7 veces al prójimo. “El estará muy orgulloso de mí”, me dije. Siempre fui más allá de las demandas de los rabinos, quienes especificaban que debíamos perdonar a una persona 3 veces. Yo había duplicado eso, y agregué más.

Sus ojos chispearon de un modo que

nunca olvidaré, y dijo: “Simón, no 7 veces, sino ¡70 veces 7!” Por el modo en que lo dijo —mitad ironizando, mitad jugando—, capté el mensaje: No olvides esto cuando necesites ser perdonado. Luego dijo una de sus inolvidables parábolas al punto.

Esa conversación me produjo una terrible tristeza. “El sabe que yo no hablo en serio —pensé—. Dijo que Satanás trataría de destruirme, pero que estaría orando por mí”.

“Setenta veces 7”, y el tono de su voz cuando dijo eso finalmente me dio la seguridad de que me había perdonado esas cosas terribles que había dicho y hecho esa noche. Y esto me ha ayudado muchas veces para creer que no está llevando la cuenta de cuán a menudo necesita perdonarme.

Más tarde, cuando nuestra más terrible oscuridad se había trocado en nuestro mayor gozo, y el Maestro estaba con nosotros nuevamente junto al lago, corrigió afectuosamente mi jactancia acerca de que lo amaba más que los otros discípulos y que permanecería junto a él pasara lo que pasase. Al principio, yo estaba herido, pero quedé sorprendido por una razón. En presencia de los otros, el Maestro demostró que me había perdonado. Y también hizo esto para que vieran cuánto había cambiado yo como consecuencia de su perdón.

Supongo que siempre tendré problemas con mi orgullo y mi personalidad impulsiva. Pero ahora hay una diferencia. El me ha transformado. He visto el lío en que me metí cuando traté de asumir yo solo las cosas; ahora puedo dejarlas a su cargo.

Supongo que puedo abandonarme a él porque estoy muy tranquilo aquí en prisión, condenado a muerte.

Preguntas para dialogar

1. En el Getsemaní, Pedro estaba más preparado para el conflicto físico que para la lucha espiritual. ¿Qué significa esto para nosotros?
2. En medio de la turba en el palacio del sumo sacerdote, Pedro negó su conexión con Jesús. ¿Cuál es la lección para nosotros?
3. ¿Qué nos enseña sobre el perdón el relato de la negación y del arrepentimiento de Pedro?

RUSSELL HOLT es vicepresidente editorial de la Pacific Press Publishing Association, con sede en Nampa, Idaho, Estados Unidos.

Mi esposo, Abrahán

Sara recuerda años de viaje, aflicción y confianza.

AULIKKI NAHKOLA

Nacidos, criados y casados en Caldea, esperábamos establecer una familia en ese país. Pero el culto a Dios que profesábamos nos hizo sentir como extranjeros entre nuestros vecinos paganos.

Un día, Dios se le apareció a mi esposo y le dijo que llevara la familia hacia Ur, nuestra ciudad natal. El le mostraría una tierra mejor, donde lo haría padre de una gran nación.

Conformábamos una gran familia de muchos parientes y siervos, pero no teníamos niños. Abrahán tenía ya 75 años y yo 10 años menos.

Con todas las mujeres y los niños de nuestra casa, más el ganado y otras posesiones, el viaje por el desierto se hizo largo. Algunos cientos de kilómetros después llegamos a Siquem, en Canaán, donde Dios le dijo a Abrahán que esa sería la tierra que daría a sus descendientes.

Pero esa tierra ya pertenecía a los cananeos, un pueblo violento, con costumbres extrañas y un culto degradante. ¡Yo no podía imaginarlos cediendo sus tierras para que otros sean “una gran nación” justo en medio de ellos!

Acabábamos de llegar, dificultosamente, cuando una severa hambruna golpeó el país. Eso nos obligó a partir de Canaán hacia Egipto. Cuando nos aproximamos a nuestro destino, mi esposo se preguntaba cómo nos tratarían los egipcios. ¿Me encontrarían atractiva y dispondrían de mí? Si así fuera, ¿qué sucedería con la promesa de Dios de una gran nación?

Entonces tuvimos que idear un plan. Para salvar su vida y ayudar a Dios a cumplir su promesa de una gran nación, Abrahán sugirió decir que yo era su hermana; y estuve de acuerdo.

Pero nuestro plan terminó en un desastre. Algunos oficiales de la corte nos encontraron, me tomaron y me llevaron a la casa de Faraón para convertirme en una de sus esposas. A Abrahán le dieron regalos —siervos, ganado y camellos— pa-



ra que me cediera en casamiento. Cuando las plagas destruyeron la casa de Faraón, él se dio cuenta de su error, y llamando a Abrahán lo enfrentó con su mentira y nos dijo que nos fuéramos.

Discusión por el asentamiento

Una vez más viajamos en carro a través del desierto hasta que llegamos a Betel, donde habíamos estado antes. Pero ahora nuestras posesiones eran mayores y surgió una discusión entre los pastores de nuestro ganado y los pastores del ganado de Lot, el sobrino de mi esposo. El dijo que la tierra no era suficiente para que habitásemos todos juntos.

Abrahán habló con Lot acerca de eso. Juntos planearon cruzar el Jordán, y mi esposo le permitió a Lot escoger dónde quería asentarse. Lot escogió la hermosa y fértil llanura; elección desafortunada, como comprobamos más tarde.

Lot sacó ventajas de la generosidad de mi esposo, pero Abrahán no lo conside-

raba así; él estaba siempre dispuesto a regalar algo de lo que le pertenecía. Estaba seguro de que todo le había sido dado por Dios, quien le concedería aún más, si lo consideraba necesario.

Apenas habíamos repartido las tierras con Lot, sucedió algo que nos mostró nuevamente el objetivo: Casi tan pronto como Lot se había establecido en Sodomá, se desató una guerra en esa zona. Sodomá fue saqueada por el enemigo, y Lot capturado con todas sus posesiones. Cuando estas noticias llegaron a oídos de Abrahán, él reunió a sus hombres y persiguió a los atacantes. Rescató no solamente a Lot sino todo lo que le había sido arrebatado y lo devolvió a sus propietarios.

Cuando el rey de Sodomá encontró a Abrahán que volvía de la batalla, le ofreció que se quedara con todas las posesiones y que sólo le dejara la gente que había rescatado. Pero Abrahán no quiso retener nada de lo que pertenecía a los sodomitas, para que no se dijera que el rey de Sodomá lo había enriquecido. El deseaba que todos supieran que era Dios el que le había concedido toda la riqueza que poseía. Consciente de esto, dio sus tierras a Melquisedec.

No mucho después de esto, Dios apareció nuevamente a Abrahán en visión y le dijo que su recompensa sería muy grande. Entonces pude decir que mi esposo tenía mucha fe en Dios; después de todo, habíamos dejado nuestro hogar a causa de su mandato. Pero esto no significaba que Abrahán nunca discutiera con Dios. Todo lo contrario.

Cuando Dios mencionó la gran recompensa, él tocó un asunto muy sensible para Abrahán: ¿Cuán bueno podría ser ese galardón si debía heredarlo un siervo nacido en nuestra casa? Porque Dios no nos había dado descendencia.

Una promesa renovada

Entonces Dios le prometió a Abrahán que no sería un siervo sino su propio hijo quien recibiría la heredad. Llevó afuera a Abrahán, le pidió que mirara el cielo

estrellado, y le dijo que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas. Abrahán creía en Dios, pero en su ansiedad él suplicó que le diese una señal. El Señor le dijo que preparara un sacrificio. Luego, un gran sueño cayó sobre mi esposo, y durante él Dios le reveló extrañas cosas acerca del futuro. Una antorcha de fuego pasaba entre los animales divididos del sacrificio, mientras el Señor hacía un pacto con su amigo.

Todo esto hizo una gran impresión sobre Abrahán, quien ahora tenía la seguridad de que su propio hijo sería su heredero. Pero yo pregunté: "¿El niño también será mío?" Ya hace 10 años que llegamos a Canaán y recibimos la primera promesa de un descendiente. Tal vez Dios no quiso decir que simplemente esperaríamos.

Un día pensé en Agar, mi sierva. Si mi esposo tuviera un hijo con ella tendríamos familia. Obviamente, Dios quería libramme del parto. Cuando le dije esto a Abrahán, él concordó. Por lo tanto, Agar se convirtió en su concubina.

Tan pronto como Agar quedó embarazada me di cuenta que había algo equivocado en nuestro plan: se volvió desdichosa hacia mí, y burlona. Yo no podía tolerar esa situación durante mucho tiempo, por eso Abrahán estuvo de acuerdo en que, ya que era mi sierva, yo podía disciplinarla.

A causa de la disciplina, Agar huyó. No era fácil para una mujer embarazada andar sola por el desierto. Un ángel del Señor la encontró allí y le prometió que su descendencia sería grande y que el hijo que ella esperaba sería un hombre poderoso, y le aconsejó volver. Ella volvió a mí y se sometió a mi autoridad. Pronto dio a luz un bebé que llamó Ismael.

Pasaron 13 años sin una palabra de parte del Señor. Llegamos a creer que Ismael era el hijo de la promesa.

Finalmente, Dios le apareció a Abrahán nuevamente y le repitió la promesa de que sería padre de una multitud. La circuncisión sería la señal del pacto de Dios, y Canaán la tierra prometida. El Señor agregó que yo daría a luz un hijo y llegaría a ser madre de una gran nación.

Cuando oyó eso, mi esposo rió. Puesto que yo tenía entonces 90 años, ¿cómo podría tener un hijo? Pero Dios le repitió la promesa y agregó que ese hijo sería llamado Isaac, que significa "risa".

Un extraño visitante

No mucho después tuvo lugar un extraño incidente. Cuando 3 hombres visitaron nuestra casa, los recibimos hospitalariamente. Aunque eran extranjeros



parecía que conocían todo acerca de nosotros. Uno dijo que volvería dentro de un año, para cuyo tiempo habría nacido el niño. Cuando lo oí fue mi turno de reírme porque dudé de su palabra. Los 3 hombres partieron hacia Sodoma. Poco después la ciudad fue destruida. Nuestros huéspedes no habían sido seres humanos comunes.

Luego sucedió lo imposible: quedé embarazada y tuve un saludable bebé a quien llamamos Isaac. Pero nuestra felicidad tuvo una sombra. Agar e Ismael vivían con nosotros y, con el paso de los años, se nos hizo imposible vivir juntos y en paz. Finalmente Agar e Ismael tuvieron que irse.

Después que Ismael se fue, nuestras vidas tuvieron paz. Isaac creció; hubo alegría en la familia. Pasó el tiempo; un día, Dios se le apareció a Abrahán nuevamente, ordenándole que tomara a Isaac, su único y amado hijo, que fuera a la tierra de Moria y lo ofreciera en sacrificio.

Esta orden parecía no tener sentido para mi esposo. Pero él no argumentó ni pidió pruebas. Tomó a Isaac y la leña para el fuego, y partió para el monte Moria. Después de 3 días de camino divisó el monte escogido por Dios. Nuestro único hijo cargaba la leña cuesta arriba, hacia el lugar donde debía ser sacrificado.

Pero apenas Abrahán levantó el cuchi-

llo para sacrificar a Isaac sobre el altar, un ángel del cielo le ordenó guardarlo. Para el sacrificio Dios había provisto un carnero. Dado que Abrahán no le había negado a Dios su único hijo, el Señor seguramente haría que sus descendientes fueran tan innumerables como la arena del mar.

Desde que partimos de Caldea, nuestro viaje había tenido muchos vaivenes. Habíamos cometido errores y algunas veces quisimos adelantarnos a Dios. Ambos teníamos nuestras dudas, pero ambos tratamos de asirnos de las promesas de Dios y seguir su llamado. En Isaac vimos el cumplimiento de la promesa.

Preguntas para dialogar

1. ¿Cómo demostró Abrahán su falta de fe en varias ocasiones?
2. ¿Qué experiencias ilustran la generosidad de Abrahán?
3. Abrahán demostró que nuestras debilidades pueden convertirse en nuestros puntos fuertes. Explique.

AULIKKI NAHKOLA es profesora de Religión en el Colegio Newbold, Inglaterra, y candidato al doctorado, con especialidad de Antiguo Testamento, en la Universidad de Oxford.

María: cantante y pecadora

Cómo Dios libra y redime.

WALTER SCRAGG

En aquel día, Dios nos dijo sí. Ninguno de nosotros olvidará jamás el rugido del viento, los alaridos del ejército, el choque de las aguas, los gritos y la repentina quietud. Pero entender lo que aquel día realmente significó, me obliga volver unos 80 años en el tiempo. Soy hebrea, israelita, judía. Mi nombre es María, un nombre egipcio que significa "la amada".

Después de varias generaciones de crecer y ser aceptados, los gobernantes egipcios repentinamente empezaron a perseguir a los hebreos. ¿Por qué? Quizá porque el faraón de la nueva dinastía, recientemente vencedor de los gobernantes hicsos, quería desviar la atención de las dificultades políticas que estaban perturbando su reino. O tal vez porque mi tío abuelo fue primer ministro de uno de los faraones hicsos. En alguna forma, esta es una historia acerca de la envidia: empieza con la envidia del faraón respecto del pueblo de Dios, y termina con la mía propia.

El faraón nos echaba la culpa de cualquier cosa. Que los hebreos habíamos tomado la mejor parte de la tierra y los mejores trabajos. Que éramos demasiados. Que pronto íbamos a conquistar el país. Y así por el estilo.

Recuerdo que mis padres, Amram y Jocabed, hablaban agriamente acerca de los decretos del faraón. "Todos los hebreos preséntense para las obras públicas. Todos los hebreos son ahora siervos del Estado". Esclavos, querrían decir. "Todos los hebreos deben conseguir su misma paja para los ladrillos". ¡Ridículo! ¡Imposible! ¡No se puede hacer ladrillos sin la paja!

¡Genocidio!

El faraón todavía no estaba satisfecho. Oramos. ¡Cómo oramos cuando escuchamos la última barbaridad! "Cuando asis-

táis a las hebreas en sus partos, y veáis el sexo, si es hijo, matadlo; y si es hija, entonces viva" (Exo. 1: 16). Felizmente la orden no funcionó. Las parteras no querían cumplirla. Entonces el tirano vicioso declaró: "Echad al río [Nilo] a todo hijo que nazca" (Exo. 1: 22).

Un vecindario asesino acechaba a los inocentes. Una asonada criminal. La madre estaba encinta. Oramos por nuestra liberación. Oramos porque fuera una niña. Pero era un hermoso varón. Debí ser atractivo incluso para Dios, por el modo en que el Señor cuidó de él (véase Hech. 7: 20).

Nunca sabré cómo lo pudimos guardar escondido durante 3 meses. Lloraba y gemía como cualquier otro niño lo hace. ¡Qué fe tenían mis padres en el Dios de nuestro pueblo! Planeamos y urdimos la manera de salvarlo; pero, sobre todo, oramos. Así nos preparamos para las grandes cosas que Dios haría.

Imagíneme escondiéndome entre los papiros del río Nilo, con mis labios en constante oración, mis ojos fijos en una frágil barquilla que flotaba a la ventura, ladeándose en las aguas oscuras, esperando lo mejor que Dios podría hacer.

Sorprendentemente, la hija del faraón, la princesa real, llegó a aquel mismo lugar para bañarse. Ella vio la barquilla, vio al bebé, se introdujo en el agua y empujó la cuna flotante hacia la orilla. Noté su vacilación cuando descubrió su robusto cuerpecito. ¡Un niño! ¡Un hebreo!

Cuando me deslicé fuera de mi escondite, se asustó. Sorprendentemente, las palabras fluyeron de mí. Entonces me di cuenta de que el Señor era quien me estaba dando palabras y sabiduría. Todo fue arreglado en cuestión de minutos. La madre pudo tener al bebé en su propios brazos. Sólo Dios sabe cómo ocultó la madre a la princesa el asunto del bebé.

La princesa le dio el nombre de Moisés, "uno sacado de las aguas". Su nombre le recordaría siempre la liberación divina de la crueldad del faraón.

Lo mejor de lo mejor

Dios proporcionó a Moisés lo mejor de lo mejor. Un hogar hebreo para preservar su fe y crear la verdad. Una educación egipcia para pulir aquella mente aguda.

Después de 40 años del episodio del Nilo, Moisés inició un movimiento de resistencia y mató a un egipcio. Pocos días más tarde nos causó un terrible impacto cuando nos dijo que se iba al exilio, a Madián. Pero esa es otra historia.

No lo volvimos a ver en 40 años. Tenía 80 años cuando reapareció. ¡Aarón era más viejo, y yo era más vieja aún! Nos juntamos para guiar a nuestro pueblo fuera de Egipto. Sabíamos que Dios abriría el camino de la liberación y nos devolvería a la tierra que le había dado a Abrahán, nuestro distante antecesor. Israel vio a Moisés como a un profeta; el pueblo estaba listo para seguirlo.

Desde el momento en que Moisés volvió a Egipto no hicimos otra cosa que observar la obra de Dios. Todo lo que ocurrió fue totalmente realizado por el Señor. Dios nos amaba porque éramos su pueblo. ¡Oh, cuánto lo ama, ya que estuvo dispuesto a hacer todas esas cosas!

El faraón y sus ejércitos nos entramaron entre las montañas y el mar. Clamamos por la ayuda del Señor. La mayoría creía que nuestra situación estaba perdida. Oí la murmuración y el descontento: "Mejor nos fuera servir a los egipcios, que morir nosotros en el desierto" (Exo. 14: 12).

Moisés replicó: "No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos" (Exo. 14: 13, 14). Moisés tenía una visión completa y una comprensión profunda de Dios. El nos condujo con la convicción de que Dios tenía un interés personal en nosotros. Fuimos guiados a orillas del mar.

Las primeras horas de la noche

La nube de ángeles protectores cubrió nuestra retaguardia y nos escondió, oscureciendo el sol y alumbrando las primeras horas de la noche. Los egipcios no podían atacarnos. Entonces rugieron los vientos, y el mar se dividió. Yo caminé a la cabeza de las mujeres y de los niños entre los pilares de aguas congeladas. Ahora, el pueblo creía. Ahora, el pueblo temía a Jehová.

¿Podría olvidar aquel día? ¿Podría Israel olvidar cómo Dios nos liberó? Sin contar con nuestra ayuda, sin contar con nuestra cooperación, él nos salvó. Verdaderamente no tenemos nada que temer a menos que nos olvidemos de la acción de Dios. Fuimos esclavos, él nos liberó. Eramos indignos, sin embargo él nos trajo redención.

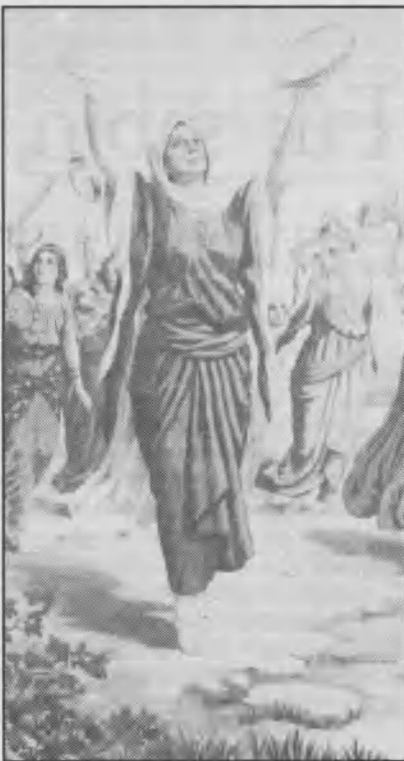
Caminamos entre las aguas quietas. Los egipcios nos siguieron, conduciendo sus carros por nuestro camino, urgiendo a los caballos a que avanzaran, quizás inconscientes de dónde estaban realmente. La primera luz les causó pánico. ¿Quién podría sobrevivir en este valle de muros líquidos. Los carros y la caballería se atacaron. Los gritos se tornaron en lamentos. “Entonces los egipcios dijeron: Huyamos de delante de Israel, porque Jehová pelea por ellos contra los egipcios” (Exo. 14: 25). Demasiado tarde. Vi las aguas juntarse y arrastrarlos. Entonces descendió un gran silencio.

“Cantad a Jehová —dirigí en cántico a Israel—. Cantad a Jehová porque en extremo se ha engrandecido; ha echado en el mar al jinete y al caballo” (Exo. 15: 21). ¡Oh, qué día!

Quisiera con todo mi corazón no contar esta otra parte de la historia. No habíamos avanzado demasiado lejos en el desierto cuando Moisés dio la orden de que trajesen a Séfora, su esposa. Ella era una descendiente de Abrahán, como yo, aunque no era hebrea. Era de tez oscura.

Jetro, su padre, vino con ella. En aquel día comenzó mi envidia. No que tuviese algo contra Jetro. El era hábil, organizador, un buen consejero. Vio que Moisés estaba sobrecargado de trabajo y le sugirió un modo de organización que le permitiría delegar responsabilidades. Pero no nos incluyó ni a Aarón ni a mí. ¿Cómo se atrevió a ignorar a María, la profetisa, y a Aarón, el portavoz?

Jetro se fue, pero Séfora se quedó. Ella me aisló de Moisés. Aarón y yo habíamos sido confidentes de Moisés. Ahora él tenía a Séfora, una extranjera de otro color. ¿Es correcto que un líder tenga co-



mo esposa a una extranjera? La envidia fue carcomiendo mi alma.

Hablé con Aarón de lo que estaba pensando. Hicimos públicos nuestros sentimientos. Habló él, aunque las palabras eran mías. “¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?” (Núm. 12: 2).

Moisés no dijo nada. Pero Dios habló: “Salid vosotros tres del tabernáculo de reunión” (Núm. 12: 4).

Hablándonos a nosotros

Nos paramos a la entrada de la tienda; dos hermanos y su hermana, esperando. La nube de su presencia se detuvo brillante al frente de la entrada. Dios pidió que nos adelantáramos Aarón y yo, pero no Moisés. ¡El iba a hablarnos a nosotros!

Sí, dijo él, a los profetas les di sueños y visiones, pero Moisés es diferente. El no recibe visiones o sueños. El es más que un portavoz. “No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová. ¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?” (Núm. 12: 7, 8).

¡Oh, qué error! ¡Oh, qué vergüenza! ¿Cómo pude haber presumido que mi don fuera igual que el suyo? ¿Por qué simplemente no me pude regocijar con lo que Dios hacía? ¿Y no era correcto que

Moisés pasara tiempo con Séfora? Sea de piel clara o de piel oscura, ella era una hija de Dios. La envidia, como un cáncer, había carcomido tanto mi fe en Dios como mi buen juicio.

La brillante nube se retiró. Vi una mirada de horror en el rostro de Aarón. Me estaba mirando fijamente. Miré mis manos. ¡Blancas! ¡Estaban como la nieve! ¡Leprosa! ¡Estaba leprosa! “¡Oh, no, Señor! —clamé—. ¡Esto no!” ¡Tanto celo que había tenido por la morena Séfora! Su presencia nunca más debería perturbarme. Tuve que ser expulsada del campamento. Los pensamientos que me invadían me dejaban sin esperanza.

Aarón habló a Moisés: “¡Ah!, señor mío, no pongas ahora sobre nosotros este pecado; porque locamente hemos actuado, y hemos pecado” (Núm. 12: 11).

Y ahí estaba otra vez Moisés, sin rastro alguno de venganza. ¡Qué tremenda humildad! Sentía mi terrible condición. Estaba tan horrorizada como Aarón. Entonces él se puso a orar por mí, su hermana traicionera. “Te ruego, oh Dios, que la sanes ahora” (Núm. 12: 13).

Esta es mi vida, como muchas otras. Tuve momentos de triunfo y horas de desesperación. Pero por sobre todas las cosas, siempre tuve a un Dios libertador y sanador.

Pandereta mía, déjame expresarme por mí y por todos los que son salvados y redimidos por Dios. “Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación” (Exo. 15: 2). “Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada” (vers. 13). “Cantaré yo a Jehová, porque se ha magnificado grandemente” (vers. 1).

Preguntas para dialogar

1. ¿Qué podemos decir de la fe de los padres de Moisés?
2. Contraste el papel de María en el rescate de Moisés y en el liderazgo posterior de ella frente a Israel. ¿En qué radica la diferencia?
3. ¿Qué podemos aprender acerca del peligro de los celos y de la envidia?
4. ¿Cómo Moisés es una figura de Cristo en esta historia?

Lectura adicional: *Patriarcas y profetas*, páginas 246-253; 286-295; 400-406.

WALTER SCRAGG es director de *Radio Mundial Adventista*. Hasta julio de 1990 fue presidente de la División del Pacífico Sur.

Fui sabio, pero llegué a ser necio

El peregrinaje del rey Salomón.

HENRY M. WRIGHT

No me siento tan flexible como lo fui una vez. Hace unos años recuerdo haber reflexionado sobre esta situación muy humana. Entonces escribí: "Porque vendrá tiempo en que la vejez hará temblar tus miembros, y tus fuertes piernas se te debilitarán" (Ecl. 12: 3).*

Sin embargo, Dios ha sido bueno. Dadas mis necias decisiones posteriores, en la adultez, no tengo de que quejarme. Aguardé hasta el momento en que llegué a ser un hombre plenamente maduro y entonces comencé a actuar como si fuera un niño. Quiero contarles acerca de esto.

Mi nombre es Salomón. Mi progenitor afectuosamente me llamaba Jedidías, que quiere decir "amado de Dios". Mi padre fue un hombre muy especial. Usted lo conoce como el rey David. Para mí, él fue una torre fortificada. El y mi madre se amaban entrañablemente. Por los alrededores del palacio ella siempre conseguía conquistar su atención. Sin embargo, por mi parte nunca tuve el coraje de llamarlo papi. A veces le decía padre, pero la mayor parte del tiempo me limitaba a tratarlo de señor. Fue un gran guerrero, y pienso que a través de los años siempre quise ser como él.

Recuerdo muy bien las palabras que Dios el Señor me habló mediante un sueño que tuve en Gabaón, mientras era un gobernante joven: "Y te daré una larga vida si sigues mis pasos y mis leyes como lo hizo David tu padre" (1 Rey. 3: 14).

Días de trauma

Cuando mi padre tuvo su última enfermedad, Adonías, su cuarto hijo, y último de mis hermanos que aún vivía, se proclamó a sí mismo rey, con el apoyo

de Joab y otros que se sumaron a la revuelta. Para mi asombro, Abiatar, uno de los sacerdotes, tomó partido con la rebelión. Al mismo tiempo mi madre suplicó a David que me nombrara como su sucesor. Mi padre complaciente, abdicó su trono por consideración a mí. Con el apoyo del profeta Natán y Benaía, el capitán de la guardia del palacio, rápidamente fui proclamado rey.

Aquellos fueron días de emociones encontradas. Me sentía vivamente emocionado y en serias dificultades. Si bien esperanzado, me sentía desvalido en el despertar de tan aterradores eventos. El corazón retumbaba dentro de mí como si fuera un tambor. Aunque era joven, sentía como si fuera niño, sin saber cómo entrar ni cómo salir. Mi padre en su lecho de muerte me había dicho: "El que gobierna a los hombres debe ser justo, gobernándolos en el temor del Señor" (2 Sam. 23: 3, versión inglesa del rey Jacobo); Oh, mis amigos, si tan sólo pudiese descubrir la manera de expresarles cuán importante es no perder el sentido de reverencia y dependencia de Dios!

En los años cuando me inicié en el gobierno, mantuve mi confianza y seguridad en Dios. Mi constante oración era: "Oh Dios, da al rey tu juicio, al hijo del rey tu justicia" (Sal. 72: 1, versión *Biblia de Jerusalén*).

Consagración en Gabaón

Me sentí muy importante al comienzo de mi reinado puesto que pretendía establecer una buena monarquía. Mi padre había hecho un tabernáculo en Gabaón, con la finalidad de colocar el arca en un lugar apropiado. Por tal motivo, Gabaón fue el destino de mi primera salida de Jerusalén después de haber sido entronizado. Fue allí donde Dios me extendió el siguiente cheque en blanco: "¡Pídemelo cualquier cosa y te la daré!" (2 Crón. 1: 7).

Me sentía desvalido como nuevo rey. De modo que oré: "Ahora Yavéh mi Dios, tu has hecho rey a tu siervo en lugar de David mi padre, pero yo soy un niño pequeño que no sabe salir ni entrar. Tu siervo está en medio del pueblo que has elegido, pueblo numeroso que no se puede contar ni numerar por su muchedumbre. Concede, pues, a tu siervo un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal, pues, ¿quién será capaz de juzgar a este pueblo tuyo tan grande?" (1 Rey. 3: 7-9, versión *Biblia de Jerusalén*).

El Señor respondió generosamente mi plegaria. Aquella misma noche Dios me prometió: "Por cuanto has pedido sabiduría para gobernar a mi pueblo, y no has pedido una larga vida ni riquezas para tí, ni has pedido derrotar a tus enemigos, yo te daré lo que has pedido. Te daré una sabiduría como la que nadie ha tenido antes ni tendrá después. Y también te daré lo que no has pedido: riquezas y honor. Nadie en el mundo será tan rico y famoso como lo serás tú por el resto de tu vida" (1 Rey. 3: 11-13).

Dios honró su palabra. Gradualmente al comienzo, mi mente fue creciendo en conocimiento, autoridad, estructura, y también en cuanto a la filosofía de la vida. Me parecía tenerlo todo: educación, seguridad material, amistades, profesión y placer, además de lo necesario para el sustento diario.

Hay momentos, en la vida de cada uno, cuando Dios abre las ventanas de los cielos para derramar la bendición de las oportunidades sin límite. Igual que Adán y Eva, quienes disfrutaron el ambiente puro del frescor de la creación, cada uno es puesto, en cierta medida, en una encrucijada que nos conduce a Dios o simplemente a la gratificación personal. Fue Moisés quien registró el asunto de la libertad de elección concedida a nuestros ancestros expresándolo en los siguientes términos: "Invoco a los cielos y a la tie-

rra por testigos de que he puesto delante de tí la vida o la muerte, la bendición o la maldición. ¡Ojalá escogieses la vida! . . ." (Deut. 30: 19).

En Gabaón yo escogí la vida.

Más tarde tuve que aprender que aun cuando había escogido la vida, Satanás sigue nuestros pasos. En el camino va introduciendo desvíos o puntos de detención con todo su arsenal de seducciones. Pregúntenle a Lot. El les contará respecto de su parada en Sodoma.

Optando por la alternativa equivocada

Es difícil establecer el momento preciso cuando entré por un desvío del camino. ¿Habría sido mi primer matrimonio? (Ella no estaba en la iglesia.) ¿Será cuando me incliné por el alcohol? (Hicimos unas cuantas fiestas.) ¿Habría sido cuando me alcanzó el veneno de la abundancia? (Riquezas había muchísimas.) ¿Quizá fue cuando desarrollé la arrogancia de saber que yo tenía "la verdad"? (Luego me comencé a aburrir y a tener menos discernimiento de lo engañoso de mis pasos.)

Sea como fuere, llegó el momento en que hasta olvidé que el secreto de mi fortaleza residía en la relación personal con mi Señor. Hasta llegué a sentir que cada uno de los dones que Dios me había concedido era como un puñal clavado en lo más íntimo de mi propia alma. ¿Le resulta familiar esta situación?

Satanás muchas veces toma las bendiciones de los hijos de Dios —**riqueza, inteligencia, instituciones, verdad, belleza, talento**— y las utiliza contra nosotros. Hace que la riqueza nos haga suficientes y codiciosos; que la inteligencia nos torne arrogantes y fanáticos. Hace que nuestras instituciones entren en el espíritu de la esterilidad institucional, al generar en nosotros el culto al yo. Toma la verdad y la tergiversa con dogmatismo y justicia propia. Toma nuestros talentos y los transforma en fuente de autoconfianza y exaltación personal.

¡Yo sé, porque poseo todo! Yo construyo. Yo tengo. Yo recibí. Yo conquisté. Yo aprendí. Yo prosperé.

Pero cometí un error, un error que todavía persigue a muchos. Torné mi mente al basurero de la experimentación mundana. Hay quienes piensan que practicar la piedad significa ser obtuso, ajeno al "mundo real". Infieren que los fieles a Dios y a sus principios están pretendiendo vivir reclinados en una nube, incapaces de vérselas con el mundo real. Además piensan que la educación

que ofrece la iglesia es un descrédito, y que las normas de la iglesia son de un exquisito arcaísmo. Prevalece la actitud de que siendo "buenos" ya es suficiente. Necesitamos liberarnos de esa ingenua presunción.

Esa manera de pensar puede conducirnos a desarrollar una confianza peligrosa en nuestra habilidad para manejar los subterfugios de Satanás. Eso hace bajar la guardia de las avenidas del alma. Nos expone a la deserción, a la mesa del banquete de los pensamientos y las experiencias sin sentido, basados en la (falsa) confianza de que ahora tenemos la capacidad de distinguir el bien del mal, y por lo tanto no necesitamos, como los niños, ser resguardados de la realidad.

Lo que fallamos en calcular es que el exponernos a estas experiencias produce debilitamiento en nuestra resolución, en lugar de elevar y fortalecer el discernimiento espiritual. La familiaridad imprudente produce complacencia. La complacencia amortigua el impacto del pecado. Lo que una vez nos alarmó, posteriormente casi ni nos incomoda. La mente en la cual se depositó mucha confianza por la capacidad para "manejar los asuntos", se adormece y mutila. Con racionalización y orgullo, fruncimos el ceño a la idea de que alguien por ventura se atreva sugerirnos lo que debemos comer, dónde ir, qué debemos escuchar o cómo tenemos que vestirnos. Satanás se apoderó de nuestro mayor don —el poder de elección— y lo utiliza contra nosotros mismos como puñal.

Nunca lo suficiente

Llegamos a la situación en que nunca tenemos lo suficiente: "Por más que vemos, jamás nos satisfacemos; por más que oímos, no estamos contentos" (Ecl. 1: 8). He tratado de aprender y luego aprender algo más. Probé la alegría, la bebida, el aplauso público, el control sobre otros, el arte, las mujeres, como también desarrollar habilidades manuales y mentales. Sí, experimenté con la comida, los deportes. Mencione cualquier cosa. Todo me delata.

El efecto de todo esto no es perceptible de inmediato. Usted pierde su sensibilidad, el deseo de hacer lo recto. Mientras piensa que todo está bajo su control, y que es usted quien está tomando las decisiones, yerra por no percibir que se encuentra bajo los efectos de la inclinación hacia Satanás, que es el más cruel conductor de esclavos del planeta. Cuando piensa que puede dominar la situación, recién entonces se enfrenta al

drama de la realidad que le tocó sufrir a mi antecesor, Sansón.

Felizmente, y qué maravillosa gracia, Dios no me abandonó. Quien escribió respecto de mi experiencia comenta: "Sin embargo, el Señor no le abandonó. Mediante mensajes de reprensión y castigos severos, procuró despertar al rey y hacerle comprender cuán pecaminosa era su conducta". (*Profetas y reyes*, p. 56).

Le pregunto al pueblo de Dios que vive en el tiempo del fin, si es que el incremento de traumas en las instituciones de la iglesia —escuelas, hospitales y congregaciones— podrían ser la señal que Dios le está permitiendo usar al enemigo para que nos atormente.

Necesito concluir. La corte me aguarda. Pero algo más: Dios me dio un rayo de esperanza. Me ofreció usar la salida del arrepentimiento. Ya pasé a través de ella. Pese a que mis desatinos hicieron su efecto, la gracia de Dios fluyó a raudales.

Yo, Salomón, recuerdo la maravillosa promesa que Dios me hizo cuando acabé y dediqué su casa para la adoración: "Si mi pueblo, que lleva mi nombre, se humilla, ora, me busca y abandona su mala conducta, yo lo escucharé desde el cielo, perdonaré sus pecados y sanaré" (2 Crón. 7: 14, versión Nueva Biblia española).

Enfrentaré ahora a los miembros de mi corte real y los instaré para que "teman a Dios y guarden sus mandamientos", luego oraré con ellos. ¿Qué hay en cuanto a usted, mi querido lector? ¿Está dispuesto y lo desea? ¿Siente usted su necesidad? ¿Le gustaría arrodillarse ahora? Salomón, el hombre sabio que llegó a ser necio, lo insta a que busque a su Salvador ahora mismo.

Preguntas para dialogar

1. ¿Qué papel desempeñó la capacidad de elegir en la estatura moral de Salomón como rey?
2. ¿Qué puede enseñarnos la experiencia de Salomón en la forma de conducirnos cuando vivimos en un ambiente creado por el éxito?
3. ¿Será que Salomón recuperó su juicio? Si es así, ¿cómo describiría su retorno a Dios?

* Las citas, a menos que tengan otra referencia, corresponden a la versión *La Biblia al día*.

HENRY M. WRIGHT es secretario de la Unión de Columbia en los Estados Unidos.

Fieles en Babilonia

Cómo Daniel superó por décadas todas las crisis.

ROBERT S. FOLKENBERG

El cascajo partido se mezclaba con el sonido cadencioso y pesado de pies cansados y sudorosos. El destino era Babilonia, distante unos 1.600 km de Jerusalén, en un recorrido polvoriento y caluroso. Lejos de padres, hermanos, hermanas y otros seres queridos. Distantes del hogar y del Templo. Pero, ¿lejos de Dios?

¿Por qué tenía que acontecerme a mí? Daniel agonizaba junto a sus compañeros de cautividad, en su terrible marcha rumbo al norte, por aquel camino azotado por el viento, entre las montañas. El corazón se le abatía más profundamente a medida que descendían hacia las fértiles planicies de Jezreel. Allí Josías, el querido rey de Judá, había muerto en batalla fuera de la fortaleza de Meguido 3 años antes. La nación lamentó la sensible pérdida de su líder fiel. Infelizmente, sus malvados hijos siguieron la apostasía. El adolescente Daniel, sin embargo, había reafirmado su determinación de ser fiel a Dios a cualquier costo.

Entonces, Señor, ¿por qué me estás castigando?, se preguntaba Daniel cambiando de un lado al otro el pesado cargamento que llevaba sobre sus fatigados hombros. Estaba transportando los vasos de oro pertenecientes al templo, los que serían luego profanados por los sacerdotes paganos de Babilonia. ¿Dónde estaba en ese momento el Dios del Templo?

Posiblemente aquella noche, mientras acampaban a orillas del mar de Galilea, Daniel articuló el mismo clamor que se escuchó en el Calvario 6 siglos más tarde: “¿Por qué me has abandonado?” La única respuesta fue el silencio, a no ser los ronquidos de sus fatigados compañeros, que dormían profundamente.

Llegan a la mente las palabras de ánimo pronunciadas por otro joven que vivió siglos antes de Daniel: “Si descendiendo al lugar de los muertos, allá estás. Si ca-

balgo en los vientos matutinos y voy a los lejanos océanos, aun allí me guiará tu mano, tu fuerza me sostendrá. Si trato de ocultarme en las tinieblas, la noche se transforma en luz en torno mío” (Sal. 139: 9-11, versión *La Biblia al día*).

Dios estaba allí

Después de todo, Dios estaba allí. Así como estuvo con Jacob en su soledad nocturna, acompañó a José en su viaje a tierras desconocidas. El mismo Dios que también veló por Moisés. *Yehowah-Yir'eh*, “Dios provera”, también tuvo un plan especial para la vida de Daniel. El joven cautivo resolvió mantenerse fiel cueste lo que costare.

Al rayar el alba del siguiente día, el clarín sonó como de costumbre. Los malhumorados soldados, remeciendo a los cautivos que dormían, les sacaban las mantas para que se levantaran, para luego darles unas migajas de pan y pescado como desayuno. Así llegaba la hora de retomar el camino.

Al mediodía, los jóvenes judíos desfallecieron al pasar por la escasa sombra que les ofrecían las datileras, en las cuales frotaban sus pies, y aprovechaban para alimentar su resentimiento contra Dios. Por ser hijos privilegiados de la nobleza en Judá, no estaban acostumbrados a situaciones difíciles. El rey de Babilonia los había escogido como trofeos, para demostrar la superioridad de su dios Bel sobre el Dios de los hebreos. Por supuesto, los soldados aprovechaban toda oportunidad para poner en ridículo la religión de los cautivos judíos. No cabe duda de que algunos sucumbieron al sentirse acosados, y acabaron blasfemando contra Dios, quien, según les parecía, no estaba preocupado por su situación.

Daniel hizo lo posible por restablecer el estado de ánimo de los que reaccionaron de ese modo. Su actitud lo llevó a desempeñar la función de líder en el grupo. Quizás intervino para persuadir a los soldados de que no fueran tan rudos, y por lo menos de que les proveyeran más

agua. Nada era efectivo para sobrellevar el sol abrasador de septiembre. Cada día interminable se sumaba al siguiente que no tenía fin.

Después de varias semanas, el fatigado grupo llegó a Carquemis, desde donde se dirigieron al este a lo largo del fértil valle del río Eufrates. Este era territorio extranjero. Los agricultores estaban cosechando y poniendo en orden sus campos, mientras observaban la procesión. Por otro lado, jóvenes alborotadores de las aldeas lanzaban piedras a los indefensos cautivos.

Por fin, a mediados de octubre, los dos meses de interminable pesadilla se acercaban a su fin. Con gritos de júbilo, los soldados saludaron la vista de la reconstruida Torre de Babel que descollaba en el horizonte de la capital de Babilonia. Daniel y sus amigos no estaban tan ansiosos de ver la afamada y fabulosa ciudad (cercana a la actual Bagdad, Irak), donde serían huéspedes del legendario déspota Nabucodonosor. A medida que los cautivos hebreos cruzaban con dificultad los macizos portales de Babilonia, Daniel imaginaba lo que podría acontecer con ellos.

Para su consuelo, pronto descubrió el otro lado del carácter de Nabucodonosor. Además de ser un conquistador fiero, era un buen administrador. El rey, en forma amigable, les explicó a los cautivos hebreos que tenía el plan de capacitarlos para el servicio civil. Así que Daniel y a sus compañeros no entraron a un calabozo, sino a un hogar estudiantil.

Al comienzo les había parecido el fin del mundo cuando los paganos invasores los raptaron desde su tierra natal. Inesperadamente comenzaron a disfrutar de la “buena vida”. Una beca para la Universidad de Babilonia, además de la brillante perspectiva de trabajar para el gobierno después de la graduación.

Todo parecía indicar que las esperanzas de Daniel quedarían atadas a Babilonia. Sus oraciones a Dios en defensa de Jerusalén, aparentemente se habían esfumado sin respuesta, y ahora el mundo pa-

gano le abría sus brazos con insospechadas oportunidades. ¿Por qué no rendirse entonces a las irresistibles tentaciones de Babilonia? Nabucodonosor trató de facilitar las cosas, procurando borrar todo vestigio de herencia judía, incluso cambiando el nombre de Daniel por otro que honraba a un dios pagano.

“Yo entiendo —pudo haber dicho el rey—, tu nombre significa ‘Dios es mi defensor’. Esto parece muy poético. Pero, ¿dónde estaba él cuando puse sitio a Jerusalén y los tomé cautivos? Obviamente mi dios es mucho más poderoso. Por esto te llamaré Beltsasar, que significa Bel protege tu vida”.

Muchos cautivos sin duda sucumbieron al lavado de cerebro que les hizo el rey de Babilonia; pero Daniel y sus compañeros se mantuvieron firmes en la fe.

El maligno no consiguió una vez más el efecto que pretendía. Entonces intentó un nuevo ataque por otro flanco. Como Daniel y sus compañeros habían resistido la tentación de dudar respecto del cuidado de Dios para con sus hijos, ahora enfrentaron la presión de conformarse con solo presumirlo.

Presión en el comedor

Cuando Daniel y sus compañeros entraron al salón comedor para el almuerzo, se dieron cuenta de que en las mesas había comida que no debían probar. Carnes no apropiadas, especias, y toda clase de masas. Puedo imaginarlos observando la situación a fin de poder determinar la actitud que adoptarían. Sin duda, un pensamiento cruzó por sus mentes. *Hemos conseguido una buena relación con el rey, ¿para qué entonces perjudicarla con un asunto tan simple como la alimentación? Si el hecho hubiese tenido que ver con el culto, hubiésemos tenido que adoptar una posición inmediatamente. Posiblemente más adelante podemos hacer arreglos para que nos provean de una dieta adecuada.*

La tentación estaba allí para racionalizar la desobediencia. Sin embargo, “Daniel propuso en su corazón no contaminarse”. Si no testificaba con sus principios al comienzo, su integridad podría quedar comprometida.

Con una oración en su corazón, Daniel se aproximó al oficial responsable. “Puedo apreciar que su maestro de cocina trabajó arduamente para preparar una comida buena y abundante, lo cual por supuesto agradezco muy sinceramente. Sin embargo, apreciaré que nos proporcione alimentos más sencillos. ¿Será que



tiene algunos higos y tal vez pan de cebada?”

Con razón el hombre se sintió ofendido. “¿Así que a usted no le gusta nuestra comida? Es la mejor de Babilonia, especialmente preparada para el propio rey”.

Daniel sonrió comprensivamente. “Frutas y legumbres le será más fácil preparar, y al mismo tiempo, estará más en armonía con nuestras convicciones religiosas”.

“Daniel, lo siento. Ustedes me simpatizan. Pero mi cabeza está en juego, a menos que los alimente como corresponde”.

Daniel pensó en algo mejor que argumentar sobre la reforma pro salud. Por algunos segundos elevó una plegaria, y en su oración suplicó que Dios le diese sabiduría para saber cómo encarar la situación.

“¿Qué le parece lo siguiente? —sugirió—. Dénnos 10 días. Sólo eso, 10 días, y pruebe el efecto que producirá la dieta en nosotros”.

Una solución ingeniosa de adolescentes determinados a ser fieles. ¿Será que Dios honraría su fe? Terminada la prueba, el oficial tuvo que admitir que Da-

niel y sus compañeros evidentemente lucían mejor que los otros estudiantes.

Prueba tras prueba a lo largo de los 3 años de capacitación, la lealtad de estos jóvenes se mantuvo incólume. Estos hebreos, más que sobrevivir en Babilonia, prosperaron notablemente. Para la graduación, cuando los examinó personalmente, Nabucodonosor tuvo que declarar que eran superiores a todos los demás en sabiduría y habilidad. Daniel y sus amigos sobrepasaron incluso la sabiduría de los más entendidos del reino. Radiante de orgullo, el rey los destacó en una posición de responsabilidad.

Los consejeros de Nabucodonosor, celosos por los logros que habían tenido los jóvenes hebreos, los consideraron sus rivales y, por lo tanto, aprovecharon toda ocasión para hostilizarlos. Una noche Daniel tuvo la oportunidad de desquitarse. Nabucodonosor tuvo un sueño que después de perturbarlo, lo olvidó. De cualquier manera, le quedó la impresión de que se trataba de un asunto muy significativo. Desesperadamente convocó a sus sabios para que le ayudaran a recordarlo. Cuando los asistentes paganos reconocieron su incapacidad, el rey determinó su ejecución. Por intervención de

Daniel salvaron sus vidas. Maravilloso testimonio del buen espíritu de Dios que había en él.

Pasó el tiempo y el orgullo de la cabeza de oro de Babilonia vino y se fue, mientras Daniel permaneció. Darío, rey de los medos y de los persas hizo del no-nagenario judío su gobernador principal. Imagine un cuadro semejante. Suponga que una potencia extranjera domine su nación y lo nombren a usted como el primer ministro. Esa fue la experiencia que tuvo Daniel. Posiblemente una hazaña política sin igual en la historia de la humanidad.

Conquistando mediante la fe

Durante 7 décadas en Babilonia, Daniel confrontó una crisis tras otra. En todas venció mediante la fe. Aproximándose al final de sus días, encontramos que su relación con Dios se mantenía tan ferviente e incorruptible como el día cuando Nabudoconosor lo arrancó de Jerusalén. Hagámosle una visita para saber cómo se siente después de vivir la experiencia que tuvo.

Lo encontramos profundamente apenado, no por cuestiones políticas o por alguna humillación que haya padecido, sino más bien por la afrenta que había sufrido el reino de Dios. Escuchemos su

reacción: "Volví mi rostro hacia el Señor Dios para implorarlo con oraciones y súplicas, en ayuno, saco y cenizas" (Dan. 9: 3, versión *Biblia de Jerusalén*). Bien, ¿por qué razón el anciano profeta se sentiría tan acongojado? Como dirigente tan distinguido del reino más poderoso, le aguardaba un futuro esplendoroso. Además, ya estaba muy viejo para volver a Jerusalén. Entonces, ¿por qué debía preocuparse?

El amaba entrañablemente a su Señor; por esto es que se preocupaba tanto. Sabía que las promesas del pacto son condicionales, y están basadas en la cooperación humana. ¿La persistente debilidad del pueblo de Dios había invalidado el pacto? ¿Podría ser que los exiliados nunca pudiesen volver a su tierra natal? Daniel intercedía a favor del pueblo al reconocer que "hemos pecado, hemos sido malos" (Dan. 9: 15, versión *Biblia de Jerusalén*).

¿Acerca de qué cosa estaba hablando Daniel cuando se confesaba a sí mismo como pecador? No existe ningún registro sobre algún pecado suyo. Incluso, sus celosos enemigos reconocieron el carácter intachable y su impecable fidelidad a Dios. Aunque Daniel no tuviese nada en particular de que arrepentirse, sabía perfectamente bien que no había alcanzado el glorioso ideal de Dios. De esta

manera confesó su coparticipación en el pecado de una comunidad necesitada del Mesías.

Daniel cifró su esperanza en la salvación por gracia: "No, nos apoyamos en nuestras obras justas para derramar ante ti nuestras súplicas, sino en tus grandes misericordias. ¡Señor, escucha! ¡Señor, perdona! ¡Señor, atiende y obra! ¡No tardes más!" (Dan. 9: 18, 19, versión *Biblia de Jerusalén*).

Ahora que nosotros estamos en la década del 90, tenemos mucho para aprender de Daniel. También tenemos que enfrentar la demora del cumplimiento de la promesa para retornar a nuestro hogar. Dedos acusadores van y vuelven. Los "conservadores" condenan a los "liberales" por la pérdida de las normas. Los "liberales" a su vez acusan a los "conservadores" de que con su legalismo dificultan la evangelización.

Puede que haya mucha verdad en los cargos presentados por ambas partes. Pero siento que el espíritu en ambos lados está completamente equivocado. Sí, tenemos que ventilar nuestros asuntos con franqueza, pero, en el amor de Jesús. Necesitamos la humilde actitud de Daniel que, en lugar de afirmar: "Usted pecó", reconoce: "Nosotros pecamos".

Hermanos y hermanas, conviene unirnos. La obra de Dios no acabará hasta que se concluya tanto en Nebraska como en Nairobi o en los Países Bajos. Necesitamos mucho del Espíritu de Jesús con el propósito de que unamos nuestros corazones para confesar:

Oh Dios, perdona a tu iglesia por servir sólo de labios a la ley, mientras ignora los requerimientos de compasión y compromiso. Perdona a mi familia por estar más preocupada por los entretenimientos que por compartir tu amor. Perdóname por no ser tan cortés y atento con mi propia familia como lo soy con mi jefe de trabajo. Ten misericordia de nosotros, oh Dios. Limpia e ilumina a tu iglesia. Y que tu voluntad sea hecha así como en el cielo también en la tierra, para que puedas venir pronto a buscarnos.

Preguntas para dialogar

1. ¿Cuál fue el secreto de la fidelidad de Daniel en todas las pruebas?
2. ¿De qué manera la experiencia de Daniel fue una disputa entre el Dios de los babilonios y el Dios de Israel?
3. ¿Qué ha sido de mayor valor en esta lectura para usted?



ROBERT S. FOLKENBERG es presidente de la Asociación General.

Daniel salvaron sus vidas. Maravilloso testimonio del buen espíritu de Dios que había en él.

Pasó el tiempo y el orgullo de la cabeza de oro de Babilonia vino y se fue, mientras Daniel permaneció. Darío, rey de los medos y de los persas hizo del no-nagenario judío su gobernador principal. Imagine un cuadro semejante. Suponga que una potencia extranjera domine su nación y lo nombren a usted como el primer ministro. Esa fue la experiencia que tuvo Daniel. Posiblemente una hazaña política sin igual en la historia de la humanidad.

Conquistando mediante la fe

Durante 7 décadas en Babilonia, Daniel confrontó una crisis tras otra. En todas venció mediante la fe. Aproximándose al final de sus días, encontramos que su relación con Dios se mantenía tan ferviente e incorruptible como el día cuando Nabudoconosor lo arrancó de Jerusalén. Hagámosle una visita para saber cómo se siente después de vivir la experiencia que tuvo.

Lo encontramos profundamente apenado, no por cuestiones políticas o por alguna humillación que haya padecido, sino más bien por la afrenta que había sufrido el reino de Dios. Escuchemos su

reacción: "Volví mi rostro hacia el Señor Dios para implorarlo con oraciones y súplicas, en ayuno, saco y cenizas" (Dan. 9: 3, versión *Biblia de Jerusalén*). Bien, ¿por qué razón el anciano profeta se sentiría tan acongojado? Como dirigente tan distinguido del reino más poderoso, le aguardaba un futuro esplendoroso. Además, ya estaba muy viejo para volver a Jerusalén. Entonces, ¿por qué debía preocuparse?

El amaba entrañablemente a su Señor; por esto es que se preocupaba tanto. Sabía que las promesas del pacto son condicionales, y están basadas en la cooperación humana. ¿La persistente debilidad del pueblo de Dios había invalidado el pacto? ¿Podría ser que los exiliados nunca pudiesen volver a su tierra natal? Daniel intercedía a favor del pueblo al reconocer que "hemos pecado, hemos sido malos" (Dan. 9: 15, versión *Biblia de Jerusalén*).

¿Acerca de qué cosa estaba hablando Daniel cuando se confesaba a sí mismo como pecador? No existe ningún registro sobre algún pecado suyo. Incluso, sus celosos enemigos reconocieron el carácter intachable y su impecable fidelidad a Dios. Aunque Daniel no tuviese nada en particular de que arrepentirse, sabía perfectamente bien que no había alcanzado el glorioso ideal de Dios. De esta

manera confesó su coparticipación en el pecado de una comunidad necesitada del Mesías.

Daniel cifró su esperanza en la salvación por gracia: "No, nos apoyamos en nuestras obras justas para derramar ante ti nuestras súplicas, sino en tus grandes misericordias. ¡Señor, escucha! ¡Señor, perdona! ¡Señor, atiende y obra! ¡No tardes más!" (Dan. 9: 18, 19, versión *Biblia de Jerusalén*).

Ahora que nosotros estamos en la década del 90, tenemos mucho para aprender de Daniel. También tenemos que enfrentar la demora del cumplimiento de la promesa para retornar a nuestro hogar. Dedos acusadores van y vuelven. Los "conservadores" condenan a los "liberales" por la pérdida de las normas. Los "liberales" a su vez acusan a los "conservadores" de que con su legalismo dificultan la evangelización.

Puede que haya mucha verdad en los cargos presentados por ambas partes. Pero siento que el espíritu en ambos lados está completamente equivocado. Sí, tenemos que ventilar nuestros asuntos con franqueza, pero, en el amor de Jesús. Necesitamos la humilde actitud de Daniel que, en lugar de afirmar: "Usted pecó", reconoce: "Nosotros pecamos".

Hermanos y hermanas, conviene unirnos. La obra de Dios no acabará hasta que se concluya tanto en Nebraska como en Nairobi o en los Países Bajos. Necesitamos mucho del Espíritu de Jesús con el propósito de que unamos nuestros corazones para confesar:

Oh Dios, perdona a tu iglesia por servir sólo de labios a la ley, mientras ignora los requerimientos de compasión y compromiso. Perdona a mi familia por estar más preocupada por los entretenimientos que por compartir tu amor. Perdóname por no ser tan cortés y atento con mi propia familia como lo soy con mi jefe de trabajo. Ten misericordia de nosotros, oh Dios. Limpia e ilumina a tu iglesia. Y que tu voluntad sea hecha así como en el cielo también en la tierra, para que puedas venir pronto a buscarnos.

Preguntas para dialogar

1. ¿Cuál fue el secreto de la fidelidad de Daniel en todas las pruebas?
2. ¿De qué manera la experiencia de Daniel fue una disputa entre el dios de los babilonios y el Dios de Israel?
3. ¿Qué ha sido de mayor valor en esta lectura para usted?



ROBERT S. FOLKENBERG es presidente de la Asociación General.

Héroes de la Biblia para nuestros días

Nota de la autora: Siempre ha existido y existe un único Ser perfecto: el Señor Jesucristo, quien les ha encomendado una misión a cada hombre, mujer y niño. Lamentablemente son muy pocos los que la aceptan. Durante los próximos 8 días nos enteraremos de la actuación de algunos héroes de la Biblia. Es posible que sus enseñanzas nos faciliten la realización de nuestra misión.

Antes de presentar a cada personaje bíblico pídale a los niños que cierren sus ojos durante un minuto y procuren imaginarse a sí mismos en el lugar de ese personaje. Descríbalos el ambiente en el cual les tocó actuar para que los niños puedan ubicarse en él. Recuerde que si desea ser un buen maestro, necesitará saber por lo menos el doble acerca de cada héroe de modo que

tenga el tiempo suficiente para poder compartir la historia con los niños.

Su voz también tiene mucha importancia. Piense cómo representaría a cada personaje bíblico. Hable en voz alta o baje la voz, según lo demanden las circunstancias. Cuando haga preguntas, module su voz con la inflexión correspondiente. Expresé emoción cuando haga falta.

Deténgase frecuentemente con el fin de darles tiempo a los niños para que comprendan y asimilen lo que usted les dice. Y, por sobre todas las cosas, no se apresure. Ayúdeles a ponerse en afinidad con esos gigantes de la Biblia. Que Dios lo bendiga mientras hace realidad los personajes bíblicos ante aquellos a quienes ha de ministrar.

Ginger Mostert Church.

P r i m e r
s á b a d o

Juan, un mensajero poderoso

Antes de comenzar

1. Pida que cada niño presente le refiera algo especial, original o memorable acerca de Juan el Bautista.

2. Disponga que los niños lean en voz alta y por turno los siguientes texto bíblicos tomados de cualquier versión: Lucas 1: 5-23, 57-66; Mateo 11: 2-6; Marcos 1: 2-14; 6: 17-30.

3. Antes de despedir a los niños indíqueles que lean o estudien todo lo que les sea posible en cuanto a Abrahán, el mensajero del cual les hablará mañana.

Niños, niñas y jovencitos:

Dispongo de poco tiempo y debo escribirles. La mayoría de ustedes —o quizá todos— conoce la historia de mi nacimiento. ¡Qué sorpresa se llevaron mis ancianos padres! Y, como recordarán, aún el anuncio que el ángel le hizo a mi padre llamó mucho la atención. Mi papá quedó mudo

a causa de su incredulidad delante de una gran multitud.

Uno de los primeros recuerdos que guardo en mi memoria es aquel en el que mi padre me contaba cómo el ángel Gabriel le había dicho que me iba a llamar Juan, nombre que significa "Jehová es bondadoso". Después de mi nacimiento mi mamá tuvo que imponerse para que todos aceptaran mi nombre. Nuestros familiares, nuestros amigos y hasta los vecinos opinaban que me quedaría mejor el nombre de mi papá, que es Zacarías. Pero mis padres nunca vacilaron. Y mi mamá dijo muy resuelta: "No; se llamará Juan".

¿Qué puedes decirme respecto de tu nombre? ¿Tiene un significado especial? Pregúntaselo a tu mamá o a tu papá. Es posible que tu nombre sea para ti una ayuda y un desafío.

Mis padres me criaron con mucho cuidado porque yo era un niño nacido en forma milagrosa. Es posible que algunos de ustedes también sean niños nacidos por milagro como lo fuimos Isaac, Samuel y yo. Durante esta semana dediquen tiempo para hablar con sus padres. Pregúntenles si creen que Dios tiene una misión especial para ustedes.

Es probable que hayan oído hablar de mi vestimenta (estaba hecha de pelo de camello y me la ceñía con un cinturón de cuero), del alimento que consumía (langostas y miel silvestre) y del lugar donde vivía (el desierto). Nadie me obligó a seguir esa forma de vida. Yo mismo la escogí. Mis padres eran personas temerosas de Dios y por ese motivo siempre habían vivido de manera completamente diferente a la de sus vecinos.

Yo necesitaba conservar la lucidez de mi mente. Por eso debes saber que lo que comes, las cosas que ves y hasta la gente con

la que te asocias son tan importantes hoy para ti como lo fueron esas decisiones para mí. No es fácil decirles "No" a las cosas del mundo. Pero te recomiendo con todo mi corazón que lo hagas. Con frecuencia te sentirás fuera de lugar, pero llegarás a ser cada vez más semejante a Jesús.

Como sabrás, desde niño oí hablar de mi primo Jesús, el Mesías. Mi misión consistió en predicar acerca de él, luego bautizarlo y ayudar a la gente a prepararse para su reino.

Durante los años de mi crecimiento y formación muchas veces pensaba en él. ¿Me reconocería cuando nos encontráramos? ¿Me distinguiría y me aceptaría? Esas eran las preguntas que solía hacerme.

Jesús y yo nunca tuvimos oportunidad de encontrarnos hasta la época cuando comencé a predicar. Yo tenía escasos oyentes. Siempre hablaba en las proximidades del río porque mi mensaje, "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado", hacía que mucha gente deseara bautizarse.

El día que Jesús vino al Jordán no tuve duda de que se trataba de él. Su presencia era venerable e imponente. De inmediato comprendí que necesitaba ser bautizado por él. Sin embargo, seguí sus instrucciones.

Cuando emergió del agua el cielo se iluminó. Pensé que todos los espectadores habían visto aquella paloma y oído esa voz. Pero más tarde comprendí que sólo unos pocos habíamos notado ese milagro, y me preguntaba: "¿Cómo es posible que los demás sean tan ciegos?"

Mi mundo se deshizo cuando Herodes me echó en la cárcel. Mis discípulos siguieron apoyándome, pero con frecuencia se preguntaban por qué Jesús andaba libre en tanto que yo me consumía en la prisión. Sus palabras me desanimaron. Por esos les

ruego que nunca desalienten a sus amigos. Hoy mismo decidan transmitirles ánimo y valor. Verán que siempre serán buscados por ellos.

Al fin, cuando me sentía solo y olvidado, envié a 2 de mis discípulos para que hablaran con Jesús. Quería que me trajeran algunas respuestas. Aunque muchas veces cedí a la duda, seguí teniendo fe en él.

“¿Eres tú aquel que había de venir, o esperamos a otro?”, le preguntaron.

Como sabes, en lugar de responderles continuó sanando a los enfermos, predicando y hasta echando demonios. Entonces al anoecer Jesús llamó a mis 2 discípulos y les dijo que me contaran todo lo que habían visto.

Eso fue suficiente. De pronto comprendí: El debía crecer y yo menguar. Jesús me podría haber salvado la vida. Pero la mayor honra proviene de hacer todo lo que el Señor nos pide, aun cuando eso signifique dar la vida por él. Anímate. Dios siempre está a tu favor. Vive para él.

Un amigo en el servicio de Dios,
Juan el Bautista

Comentarios sobre el tema

1. ¿Cuántos de ustedes piensan que estarían dispuestos a morir por Jesús? ¿Por qué? ¿Por qué no?

2. ¿Deberíamos preocuparnos con la idea de nuestra muerte o estar más interesados en vivir cada día como ejemplos del amor de Jesús?

3. Indiquen las ideas que tengan acerca del uso de vestidos confeccionados con pelo de camello y cuero. ¿Qué clase de alimento son las langostas y la miel silvestre? *(El maestro deberá hacer alguna investigación acerca de este tema. Una buena fuente para hallar información es el Comentario bíblico adventista.)*

4. ¿Qué han aprendido de la vida de Juan el Bautista?

D o m i n g o

Abrahán, el padre de la fe

Haga que los niños se interesen

Muchos de ustedes han investigado un poco la vida de Abrahán. Les voy a dar a cada uno una hoja de papel y un lápiz. La tarea que les encomiendo consiste en escribirle una carta a Abrahán. En ella pueden hacerle preguntas, decirle cómo su ejemplo los ha animado o comentarle algún incidente feliz o triste que descubrieron al estudiar su vida. *(Disponga que hagan esa tarea en unos 10 ó 15 minutos.)*

Luego invite a los niños para que lean sus cartas en voz alta o bien recójalas y léalas usted al grupo. Permita que en unos pocos minutos los niños hablen de las cartas que han escrito.

A continuación hábleles un poquito acerca de la fe. Haga que les resulte concreta. Por ejemplo: un niño que salta hacia los brazos de su mamá o su papá.

Invite a cada niño a pronunciar una corta oración en la que le pida fe al Señor Jesús.

Queridos amiguitos:

Mi vida comenzó de manera común. Yo vivía cómodamente, tal como muchos de ustedes. Pero cierto día, cuando era joven, Dios me llamó.

El Señor me indicó que preparara mi equipaje y partiera. Desde entonces y por el resto de mi vida me transformé en un morador de tiendas. Abandoné la mayor parte de mis bienes mundanos. Mi padre y otros familiares decidieron acompañarme. Vendimos todo lo que nos fue posible con el propósito de poder ir a la tierra de Canaán.

Cierto día nos detuvimos en un sitio llamado Harán. Muchos de ustedes se habrán mudado de casa alguna vez y saben qué solo se siente uno en un lugar desconocido.

En ese lugar falleció Taré, mi padre. Pero en Harán me hice de nuevos amigos, muchos de los cuales aceptaron mi forma de vida. Siempre que nos trasladábamos, cavaba pozos para obtener agua y mejorar la tierra. Y también edificaba altares para adorar a Jehová, el Dios verdadero.

Después del fallecimiento de mi padre, mi familia y mis nuevos amigos volvieron a empacar una vez más. Esa vez fuimos directamente a Canaán. Durante un tiempo las cosas anduvieron bien, pero un día vino el hambre. Nos vimos obligados a trasladarnos a Egipto.

En ese país idólatra temí que los paganos desearan quedarse con Sara, mi bella esposa, y para lograrlo me dieran muerte. Por lo tanto, como no teníamos hijos, pensé que lo mejor era decirles a todos que Sara era mi hermana (lo cual era parcialmente cierto). De ese modo —pensé— si el rey desea-

ba tomarla por esposa no me iba a matar primero a mí.

¡Qué error cometí! Mentir y aun decir verdades a medias sólo produce problemas. Cuando el faraón la llevó a su palacio, Dios permitió que tanto a él como a sus servidores les ocurrieran cosas terribles. No necesito decirles que para el tiempo en que les dije la verdad ya todos me temían y deseaban que me fuera de su tierra lo más pronto posible.

Yo tenía un rasgo de carácter muy especial que a veces me causaba dificultades: era un hombre amante de la paz. Tuve problemas cuando dije que mi esposa era mi hermana, cuando tomé otra esposa para que se cumpliera la promesa que Dios me había hecho de darme un hijo, y cuando tuve que ir a rescatar a mi sobrino Lot.

Sin embargo, mi carácter pacífico me ayudó cuando dejé que Lot fuera el primero en elegir la tierra donde deseaba habitar, cuando criaba a Isaac, y cuando le supliqué al Señor que salvara a Lot de la destrucción de Sodoma.

Tiemblo cuando pienso qué habría sido de mi vida si hubiera permanecido en la ciudad impía en la cual nací y me crié. ¿Qué habría sucedido si no hubiera seguido las instrucciones divinas? Indudablemente sólo Dios lo sabe.

Dondequiera iba, el Señor siempre me bendecía. Parecía que cuanto más daba y a cuanto más renunciaba, tanto más me daba Dios. Ciertamente llegué a ser un hombre muy rico.

La prueba más dolorosa que tuve que soportar fue aquella en la que Dios me pidió que sacrificara a Isaac, mi amado hijo. Por eso entiendo que la fe es un don de Dios que debemos usar con frecuencia y que aumenta a medida que la ejercemos. Les aseguro que ese viaje que hicimos hasta el monte Moria fue el más largo de toda mi vida.

Ustedes no tendrán que soportar las mismas pruebas que yo, pero sepan que vendrán. Sin embargo, Dios siempre les dará una salida. ¡Confíen en él!

Después de Dios, mi familia ocupaba el lugar más importante en mi vida. Nos hicimos de todos nuestros ídolos y en su lugar edificamos altares para honrar a Jehová. En nuestro hogar hicimos de la oración una responsabilidad y un privilegio sagrados y no meramente una opción.

Cuando ya habíamos vivido casi 25 años en Canaán, un día el Señor se presentó ante mí. Caí sobre mi rostro ante su presencia y él renovó la promesa que me había hecho.

El Señor cambió mi nombre, Abram, por el de Abrahán, el cual significa “padre de una gran multitud”. Y a Sarai, mi esposa,



le dio el nombre de Sara, que quiere decir "princesa", porque "vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella", dijo la voz divina.

¿Qué piensa la gente cuando se pronuncia el nombre de ustedes? ¿Qué opinan sus familiares, amigos, vecinos o compañeros de escuela? ¿Es Dios glorificado por medio de sus acciones?

El Señor tiene planes para ustedes. Conserve su fe. Caminen con Dios.

Abrahán

Alimento para la mente

Dedique unos minutos para hablarles a los niños acerca de sus nombres y sobrenombres. ¿Será que sus nombres glorifican a Dios? ¿Son adecuados sus sobrenombres? ¿Pueden ser cambiados unos y otros?

1. ¿Es la mentira un pecado tan grave en nuestros días como lo era en los de Abrahán?

2. Hablen de alguna prueba o aflicción por la que hayan pasado y que piensen que los puede estar preparando para soportar otras más grandes cuando sean mayores. ¿Les parece que sus amigos tienen pruebas y problemas mayores o menores que los de ustedes?

L u n e s

Rut: "Tu Dios, mi Dios"

Hablemos de Rut

Pida que cada niño presente diga por cuál de sus hechos cree que es más conocida Rut. Quizás usted desee escribir sus respuestas sobre un pizarrón o en una hoja grande de papel.

¿Qué saben acerca de la familia de Rut?

Mis queridos desconocidos:

Les escribo como amiga. Sé que algunos de ustedes han sido cristianos adventistas durante toda su vida. Es posible que otros se hayan unido hace poco tiempo a esta iglesia. Y quizás algunos más pertenezcan a otra o no pertenezcan a ninguna.

Yo represento a aquellos de ustedes que no se criaron como cristianos. Nací y viví en una tierra llamada Moab. Cierta día, una familia nueva se trasladó a mi país porque en Judá, su nación, había hambre.

Poco después de su llegada el padre falleció. Yo me enamoré de uno de sus hijos y me casé con él. Pienso que Orfa, la joven que ese casó con el otro hijo, y yo contribuímos a que a esa casa volviera la alegría.

¿Qué cambio produjo mi matrimonio en mi vida! Nuestros dos hogares eran muy felices. En mi nueva familia, Jehová Dios era muy importante. Y Noemí, mi suegra, hacía que la vida fuera muy placentera para todos nosotros. ¡Cuánto aprendí a amarla!

Pero la tragedia nuevamente se abatió sobre nosotros. Orfa y yo perdimos a nues-

tros esposos, Mahlón y Quelión, los hombres que tanta falta hacían en nuestra familia.

Poco tiempo después de la muerte de ellos, Noemí se enteró de que el período de hambruna había pasado en Judá. Inmediatamente trazó planes para regresar a su tierra. Orfa y yo pensábamos acompañarla.

Pero Noemí nos animó y luego insistió para que nos quedáramos junto a nuestros propios familiares. Según nos dijo, allí tendríamos mejores oportunidades para casarnos y formar parte una vez más de una gran familia. Orfa finalmente cedió y volvió a su gente.

Pero yo no podía. No deseaba regresar a mi antigua forma de vivir. Por eso me negué. Entonces, con Noemí comenzamos nuestro viaje. Su Dios, su carácter amable y sus elevados ideales me enseñaron que había un motivo digno por el cual vivir. Además, y por sobre todas las cosas, deseaba seguir al Dios verdadero.

Sé que a Noemí le resultó muy penoso tener que regresar a Belén sin su esposo y sus hijos. Fuera de mí, que era su nuera, no tenía ningún familiar que pudiera cuidar de ella. Cuando llegamos les dije a sus conocidos que no la llamaran Noemí, que quiere decir "placentera", sino que le die-

ran el nombre de Mara, que significa "amarga", pues consideraba que el Señor la había tratado con severidad.

Descubrí que la vida trae consigo alegrías y penas, tiempos buenos y malos. A ustedes también les pasará lo mismo. Tendrán que pasar por experiencias agradables y otras dolorosas para poder madurar, llegar a ser fuertes y aprender a confiar en nuestro poderoso Dios.

Pero las cosas que hacen que tengamos deseos de vivir son el amor, la amistad, la familia y, por sobre todo, el conocimiento y el amor de Dios. El Señor nunca nos abandona. Un día comprendí que siempre estaba a mi lado. Verán que por eso mi historia tiene un final asombroso.

Ya instaladas en Belén necesitábamos conseguir alimentos, de modo que Noemí me pidió que fuera a alguna hacienda para ir en pos de los segadores y recoger las espigas que fueran dejando en el suelo. Era un trabajo agotador, pero, sin duda alguna, preferible a la opción de morir de hambre.

Durante el primer día que pasé en el campo comprendí que mi presencia llamó la atención de los obreros.

—¿Quién es?— se preguntaban unos a otros.

Muy pronto llegaron a la conclusión de

que debía de ser la joven moabita que acababa de llegar al pueblo con Noemí. Pero, en lugar de tratarme como a una intrusa, fueron bondadosos conmigo.

Un hombre mayor llamado Booz fue el que más me ayudó. Les indicó a sus trabajadores que fueran dejando caer tras de sí parte de lo que cosechaban. Ese primer día recogí tanto grano que a duras penas pude llevarlo a nuestra casa.

¿Me creerían si les digo que Booz resultó ser un pariente lejano de Noemí y por lo tanto mío también? Poco tiempo después las cosas se dieron de tal modo que Booz y yo nos casamos. Aunque mi esposo era bastante mayor que yo, igualmente me sentía feliz porque me amaba. Muy pronto Dios nos dio la bendición de un hijo.

Nuestros vecinos y amigos le pusieron nombre a ese precioso bebé. Lo llamaron Obed, cuyo significado es "siervo de Dios".

Quiero que sepan que este hijito nuestro, Obed, llegó a ser padre de Isaí, el cual fue padre de David y éste, a su vez, un antepasado de Cristo.

Mis queridos amigos, les pido que sigan a Jesús. Su camino es el único camino.

Una integrante de la familia de Dios,

Rut



¿Cómo reaccionamos?

1. ¿Qué lecciones han aprendido mediante la vida de Rut?
2. ¿Son ustedes bondadosos y generosos con las personas que vienen por primera vez a su escuela sabática? ¿Lo son también con las que vienen a su casa?
3. ¿Será que Dios desea que ustedes sean amables con las personas cuya piel es de otro color, que pertenecen a otra iglesia o que quizá no asisten a ninguna?
4. ¿Cómo podemos hacer para que las personas que acabamos de conocer se sientan cómodas en nuestra casa y deseen regresar a ella? ¿Cómo lograr lo mismo en la escuela sabática?

M a r t e s

David, hombre de guerra

En búsqueda de entendimiento

Pida a cada niño (o a todos como grupo) que confeccione una lista con los puntos fuertes y los débiles del carácter de David. Déles para ello unos 10 ó 15 minutos. También puede permitirles que usen sus Biblias.

Si hacen las listas en forma individual, léalas luego en voz alta.

1. ¿Será que Dios emplea en su servicio solamente a gente perfecta? (*Dediquen de 3 a 5 minutos para hacer comentarios.*)
2. ¿Por qué les parece que el Señor escogió a David para que fuera su servidor?

¡Hola, muchachos!:

Toda vez que estudien mi vida descubrirán muchas cosas interesantes. Mi padre se llamaba Isaí y yo era su hijo menor. Quizá piensen que por eso terminé siendo un poquito malcriado o consentido debido a un exceso de mimos. Muchos aseguran que también era bien parecido, poseedor de numerosos talentos, valiente, aunque no un gigante por mi estatura.

Como tenía 7 hermanos mayores de los cuales aprender, llegué a sentirme capaz de

hacer cualquier cosa. Un día, la gente que conocía quedó muy impresionada cuando supo que había matado a un oso y luego a un león sin tener más armas que mis manos. También se asombraron cuando di muerte a un gigante empleando solamente una piedra lisa y mi honda. Todas esas hazañas a mí me resultaron muy sencillas porque yo sabía que era Dios quien realmente me usaba y me daba la fuerza necesaria.

Cuando mi padre me asignó la tarea de cuidar de sus ovejas tuve la oportunidad de estar solo mucho tiempo. Por eso, mientras los animales pastaban, yo dedicaba esas horas a desarrollar mi habilidad con la honda, a escribir, a cantar, a tocar mi arpa y a hablar con Dios.

¡Qué sorpresa me llevé aquel día cuando el profeta Samuel vino a casa y en secreto me ungió como futuro rey de Israel, cuando todavía era un jovencito! Quizás ustedes ya han hecho planes para su vida. Les aconsejo que se los presenten a Dios pues puede suceder que también se lleven una sorpresa de parte de él.

Puedo asegurarles que el Señor siempre estuvo a mi lado, aun desde mi niñez. Fuera de mis familiares más íntimos, muy poca gente sabía que Dios me había escogido para ser el próximo rey de Israel. Con el transcurso del tiempo, Saúl, el rey que al presente nos gobernaba, llegó a estar tan enfermo —poseído por demonios— que los médicos le sugirieron que probara terapia musical. Entonces sus servidores comenzaron a buscar al mejor arpista y cantante que se pudiera hallar en nuestra tierra y el elegido fui yo. ¡Qué trabajo fue ése! El rey Saúl era una persona verdaderamente difícil. Nunca me imaginé que llegaría el día en que trataría de darme muerte.

Pero el Señor me ayudó nuevamente. El rey se sintió muy complacido conmigo y al poco tiempo me nombró su paje de armas. ¡Esa fue una oportunidad magnífica para mí! Gracias a ella pude relacionarme con mucha gente importante y aprender en forma directa cómo era la vida de un rey.

Quizá piensen que tenía grandes ambiciones. No es así. Mi interés principal era servir a Dios y permitir que en mi vida se hiciera su voluntad. Sin embargo, muchas veces tuve grandes problemas, algunos que yo mismo me busqué. Tomé demasiadas esposas y en cierta ocasión hasta llegué a disponer la muerte de un hombre para lograrlo. Me vi complicado en muchas guerras y llegué a tener mucho poder. Tuve bastantes problemas con mis hijos. Y hasta debí enfrentar en una batalla a mi hijo Absalón pues él pretendía quitarme el reino. ¡No se imaginan cuánto sufrí cuando me comunicaron que había muerto!

En el libro de Salmos pueden descubrir muchos de los altibajos de mi vida. A pesar de mis fracasos siempre supe que podía recurrir al Señor y pedirle que me librara, si bien en numerosas oportunidades me adelantaba a él y a su conducción y me guiaba por mis propias decisiones.

Sin duda, jovencitos, algunos de ustedes se sentirán identificados conmigo. ¡Hay tantas cosas que están procurando lograr por sí mismos, pero siempre terminan creándose problemas! Sin embargo, a pesar de todo, el Señor los ha llamado para que hagan muchas cosas con los talentos y las habilidades que les ha dado.

Pero no piensen que el camino que han de recorrer siempre será ancho y parejo. Después de aquel día cuando Samuel me ungió, pasaron 15 años antes de que el Señor permitiera que llegara a ser rey de Israel. ¡Y fueron 15 años muy difíciles!

—Con frecuencia verán que uno de los temas que más trato en Salmos es la protección misericordiosa de Dios. ¿Por qué lo hice? Porque el Señor me cuidó muchísimas veces de toda clase de peligros y me dio la victoria. ¿Alguna vez se detuvieron a pensar cómo los ha protegido Dios durante los pocos años que han vivido? ¿Le han expresado su gratitud por ello? Quizá también deseen hacerlo escribiendo sus propios salmos.

Las últimas palabras que pronuncié en esta vida se encuentran en 2 Samuel 23: 2-7. Descubrí que “todo el que gobierna debiera hacerlo siempre teniendo temor de Dios, y comprendiendo que gobierna porque el Altísimo lo permite y que el cielo lo hace responsable de cada decisión que tome” (*Comentario bíblico adventista*, t. 2, p. 705).

Casi siempre estaba bien dispuesto para acometer cualquier tarea, tal como lo están ustedes cuando se los designa para que se hagan cargo de alguna responsabilidad, teniendo en cuenta el buen desempeño que tuvieron en el pasado. Dios me ayudó porque me amaba. Estoy seguro de ello. Y ustedes también pueden estar seguros de su amor.

No presten atención cuando el enemigo les hace recordar la aparentemente interminable lista de sus pecados y les dice que es inútil seguir luchando. No le hagan caso y miren a Jesús. El quiere y puede perdonarlos. ¡Los ama tanto! Escojan servirlo.

Con ustedes en la batalla,

el rey David

Hablemos de él

1. ¿Cuál es la cosa más importante que ha aprendido en este repaso que hemos hecho de la vida del rey David? (*El maestro no ha de*



calificar como correctas o incorrectas las respuestas que le den los niños en este caso. Deberá darles la oportunidad de expresar su opinión personal si así lo desean.)

2. ¿Cómo les parece que se habrían sentido si hubieran sido hermanos de David? ¿Se habrían preguntado por qué no eran ustedes los escogidos para el trono?

3. ¿Pueden nombrar a algunos amigos de David? ¿Recuerdan el nombre de algún enemigo suyo? ¿Será que todos los cristianos tenemos amigos y enemigos? ¿Y ustedes también? ¿Por qué?

1. Prepare 4 ó 5 preguntas en base a las cuales los niños puedan descubrir que el personaje a quien se refieren es Pedro.

2. Invite a algún amigo para que les cuente a los niños una historia de la vida de Pedro, pero que lo haga en primera persona, es decir, como si el relator fuera el apóstol.

3. Al comenzar la reunión divida a los niños en grupos de 2 ó 3. Pida que cada uno ore por algún amigo y que agradezca a Dios por esa amistad. Ese amigo puede ser alguien de su misma edad, o bien un familiar u otro adulto.

duda ofrecíamos todo un espectáculo: Jesús, el dirigente, rodeado por un grupo de hombres desaseados y una multitud de personas enfermas y afligidas.

Durante 3 años seguí a ese Jesús. Pero, según mi parecer, todas las cosas que hacía estaban mal. Bueno, vamos a decir que no todas, en realidad. Sin embargo, ninguno de sus 12 seguidores más cercanos, los que finalmente fuimos llamados discípulos suyos, podíamos entenderlo.

Solía reunir grandes multitudes, le hablaba y luego las despedía. Sanaba a los enfermos y a los inválidos y disfrutaba de la compañía de los pecadores. Y entonces les decía cosas desconsideradas y hasta crueles a los ricos, tales como: "Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres". Ciertamente no podíamos comprenderlo.

Pensamos que le haría falta nuestra ayuda aquel día cuando unas mamás le trajeron sus hijos pequeñitos para que los bendijera. Pero él nos dijo: "Dejad a los niños venir a mí". ¿Para qué quería junto a sí a todos esos chiquillos?

Con bastante frecuencia ofendí a Jesús. Quizás ustedes se sientan como me sentí yo. Es posible que estén desconcertados por ser seguidores de Alguien tan sencillo. Tal vez tengan miedo de que los demás se burlen de ustedes o de que deban renunciar a algo que aprecian para poder ser discípulos suyos. Yo también me sentí de ese modo una vez.

Estando en su compañía hicimos algunas cosas maravillosas. Como aquella noche en

Queridos niños:

¡Me siento tan contento porque me han invitado para que les hable de las cosas que he hecho y de aquellas que por poco dejé de hacer! Como verán, yo no era precisamente lo que ustedes llamarían un hombre ambicioso. Era un sencillo pescador que no deseaba otra cosa más que ganarme la vida. Con frecuencia me lenguaje era muy rudo, pero ¿a quién le importaba eso?

Entonces, un día, mientras estábamos pescando con mi hermano Andrés, nos encontramos en ese Hombre. Era un nuevo predicador y se llamaba Jesús. ¿Me creerían si le digo que en cierto momento se volvió hacia nosotros, dos sucios y mal vestidos pescadores, y nos dijo: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres"?

Y lo más increíble es que dejamos nuestras redes y lo seguimos. También nuestros queridos amigos Santiago y Juan se unieron con nosotros ese mismo día. Creo que sin

M i é r c o l e s

Pedro, el que hablaba sin pensar

Para despertar el interés

Dedique algún tiempo para estudiar la vida de Pedro. Aprenda a amarlo, a sentir con él, a sugerir con él. Luego:

la que habíamos echado las redes hasta el cansancio sin pescar un mínimo pececito, hasta que él nos dijo que la arrojáramos del otro lado del bote, el lado que no correspondía. Así lo hicimos y cuando intentamos recogerla por poco echamos a pique nuestra embarcación. ¡Tan repleta de peces estaba la red!

Otro acontecimiento extraordinario del cual participé fue aquel en el cual Jesús alimentó a 5.000 personas con apenas 5 panecillos y 2 peces. ¿Alguna vez han sido partícipes de un milagro de Dios? Si no han pasado por tal experiencia, les aconsejo que se acerquen al Maestro. Dondequiera esté presente siempre parecen ocurrir milagros.

La moneda que encontré en la boca del pez me produjo un gran sobresalto. Y no sé por dónde comenzar a describirles lo que sentí cuando en su presencia pude caminar sobre el agua. ¡Si tan sólo hubiera mantenido mi vista fija en Jesús en lugar de desviarla hacia quienes me rodeaban! Lo único que deseaba era asegurarme de que los demás me estaban observando. Y entonces, cuando centré mi atención en mí mismo y no en él, me hundí en el agua y casi muero ahogado.

¿Cómo es la vida de oración de ustedes, niños? ¡Si tan sólo hubiera pasado más tiempo sobre mis rodillas, de cuántos males me

habría librado! En este sentido Jesús siempre nos dio un magnífico ejemplo, pero yo no lo apreciaba como hubiera debido hacerlo. Pensaba que Jesús estaba exagerando la importancia de esa cosa insignificante llamada oración. . . Sin embargo, mi Maestro acabó por angustiarse intensamente mientras oraba solo en aquel huerto. Ahora desearía haber permanecido a su lado esa noche en lugar de haberme quedado dormido con mis compañeros.

Recordarán cuán dispuesto estuve a matar a otros en ese mismo jardín a fin de salvar a Jesús. Pero lo único que logré fue cortarle una oreja a uno de esos hombres y quedé desconcertado cuando Jesús lo sanó inmediatamente y se la puso en su sitio. Seguí hasta la sala donde fue juzgado, pero allí me atemorice y lo negué. También dije palabra feas. Pero al fin no pude soportar más. ¡Estaba tan avergonzado! Salí corriendo para perderme en la noche mientras lloraba profundamente arrepentido.

El me perdonó. Se levantó de la tumba y me dijo que estaba perdonado. Su bondad casi quebrantó mi corazón. El también los perdonará por todas las veces que lo hayan abandonado. No sólo murió por mis pecados, sino también por los de ustedes.

Les digo con toda certeza que la vida no vale la pena ser vivida sin Jesús. ¡Si tan sólo

lo se pudieran preguntar a Judas! Entiendan que ningún sacrificio es demasiado grande para seguirlo. ¿No le entregarán su vida a mi Señor —sin ninguna reserva— ahora mismo?

Hoy les está diciendo lo mismo que me decía a mí y a mis compañeros en otros tiempos: "Vayan, enseñen a todas las naciones. . ." "Apacienten a mis ovejas. . ." "Siganme. . ."

Un seguidor satisfecho,

Pedro

Para compartir el amor de Dios

Pregúnteles a los niños presente si alguno de ellos desearía unirse a una clase bautismal. Asegúrese de atender a quienes hayan levantado sus manos y alabe al Señor por las decisiones que han tomado.

1. ¿Con qué parte de la historia de Pedro se identifican mejor? ¿Cuál de ellas les causa mayor confusión? ¿Y cuál les podría ayudar a librarse de problemas en su vida cristiana?

2. Busquen un versículo que se refiera a Pedro y léanlo para que les dé ánimo durante cada día de esta semana.

No se olvide de terminar con una oración. Luego comuníqueles a los niños cuán agradecida está a Dios porque han venido a la reunión. Dígales que estará esperando a cada uno mañana al atardecer. Anímelos para que traigan a sus amiguitos.



María: conocida, pero no demasiado

Para comenzar

1. Déle a cada niño la oportunidad de referirse a alguna bendición que haya recibido en este día o durante la semana. Luego permítale que hablen acerca de alguna tentación que hayan experimentado.

2. Hable de diversas mujeres mencionadas en la Biblia. Tome nota de cuántas pueden mencionar los niños. Dedique unos 5 ó 10 minutos a esa actividad. Quizá desee separar en las categorías de "piadosas" e "impías" a las mujeres mencionadas por ellos.

3. Déle medio minuto a cada niño presente para que diga lo que sabe acerca de María.

4. Haga una oración antes de comenzar con la lectura.

Queridos jovencitos:

La Biblia me menciona por primera vez en Exodo 2: 4. Busquen ahora mismo ese versículo y léanlo en voz alta. Allí dice "una hermana suya". ¿Ya descubrieron quién soy? Luego aparezco una vez más en los versículos 7 y 8.

Para poder saber quién soy deben buscar en Exodo 15: 20 o Números 26: 59 (nuevamente tome tiempo para que los niños busquen los textos y los lean en voz alta). Sí, ya lo han descubierto. Soy la hermana de Moisés y de Aarón.

Ahora traten de ponerse en mi lugar. Acabo de tener un hermanito (que se llamó Moisés) y tengo 11 años. El ya tiene 3 meses y llora mucho. Ustedes saben que el faraón dispuso que a todos los niñitos varones hebreos se les dé muerte inmediatamente después de nacidos.

—Shhh... no llores.

La gente de mi pueblo dedicaba todo momento libre a hablar de su liberación de la

esclavitud. Y mis padres pensaban que ese pequeño podría llegar a ser el libertador. Mamá lloraba a causa de los tiempos difíciles que nos tacaba vivir y papá se preocupaba constantemente, si bien ninguno de los dos podía hacer nada para librar a mi nuevo hermanito de una muerte cruel. Y Aarón, mi otro hermano, que ya tenía 3 años, no contribuía en nada a tranquilizarnos con su interminable lista de preguntas: "Mamá, ¿por qué estás llorando?" "¿Puedo jugar con el bebé?" "María, ¡déjame alzarlo!" Nuestra casa se transformó en un caos.

Entonces un día a mamá se le ocurrió un plan.

—¡Ocultemos al bebé! —dijo—. Lo pondremos en un cestito de juncos y María lo cuidará.

Mamá siempre había confiado mucho en mí. Decía que yo era su gran ayudante y yo me sentía muy contenta por eso. Pero también estaba bastante alarmada. ¿Qué iba a hacer si alguien descubría al bebé en el cestito? ¿Y si esa/s persona/s se enojaba/n y quizás intentaban hacerme daño a mí también?

Ustedes conocen el resto de la historia. Contribuí a salvarle la vida a Moisés (Exo. 2: 4, 7). Me siento feliz porque mis padres me enseñaron a confiar en Dios y a obedecerlo.

Después de esta historia, en la Biblia no se vuelve a hablar de mí hasta la época cuando ya tenía más de 90 años de edad (Exo. 15: 20, 21). ¿Sabían que soy la primera mujer que en la Biblia se la designa como profetisa? Muchos consideran que mi misión en Egipto consistió en mantener en alto la esperanza de nuestra liberación durante los tenebrosos años de la esclavitud. Recuerdo que dedicaba todo el tiempo que podía para enseñar, amonestar y exhortar al pueblo.

¿Cómo me gustaba cantar y bailar! Nosotros danzábamos para expresar nuestro "gozo santo" y lo hacíamos con alabanza y acción de gracia. En nuestras danzas, los hombres y mujeres estábamos separados. Esas danzas antiguas formaban parte de nuestro culto. Es probable que hayamos adquirido esa costumbre en Egipto.

De todos modos, no es mucho lo que se sabe de mí hasta poco tiempo antes de mi muerte. Lamentablemente, la Biblia vuelve a hablar de mí en Números 12.

No me juzguen con demasiada severidad. Quizás algunas de ustedes, niñas, se enojan al pensar que a las mujeres no se nos suele apreciar como es debido. No permitan que su mente se espacie en tales pensamientos. Lucifer, un ángel del cielo, se perdió por causa de la envidia y por contemplarse demasiado a sí mismo.

Pero en esa oportunidad no sólo me enojé. También logré que Aarón y algunos más se pusieran de mi parte.

—¿Por qué Moisés le presta tanta atención a los consejos de Séfora, esa esposa suya que ni siquiera es de nuestra raza? —protestaba yo.

Bien podrían decir que era rebelde, murmuradora y quejosa, ¿verdad?

Ciertamente no me ufano por la forma como procedí aquella vez. Les confieso que sólo hablo de ese asunto para evitar que les suceda a ustedes algo parecido.

Como poseía cualidades de dirigente, Dios sabía que podía hacerle daño a mucha gente si continuaba con mis quejas contra Moisés y Séfora. Quiera que comprendan que cuanto más grande es la influencia de ustedes, tanto mayores pueden llegar a ser sus pecados porque pueden desviar a muchos del buen camino.

Mi castigo fue rápido y severo. Me enfermé de lepra. Mi cuerpo quedó blanco como la nieve y faltó poco para que muriera a causa de esa espantosa enfermedad. ¡Cuán agradecida estoy porque Moisés y Aarón le rogaron a Dios que me perdonara la vida y me devolviera la salud! El Señor atendió a sus oraciones y me sanó ese mismo día. Sin embargo, tuve que someterme a la ley de permanecer sola fuera del campamento durante 7 días de modo que el sacerdote pudiera estar seguro de que había sanado totalmente.

La Biblia se refiere a mí por última vez en Números 20: 1, donde dice: "Y acampó el pueblo en Cades; y allí murió María, y allí fue sepultada". Mi muerte se produjo en Cades, región que ya estaba fuera de la zona desértica.

¿Por qué motivo desearían ser recordados por sus amigos y conocidos? Piénsenlo bien y no cometan el mismo error que yo.

Una mensajera de Dios,

María

¿Cómo se sentirían?

Pregúnteles a los niños cómo se sentirían si en su familia les confirieran una tarea de la mayor responsabilidad. Pregúnteles también cómo se sentirían si un hermano o hermana de ellos recibiera mucho reconocimiento y atención porque ha tenido más tiempo y oportunidades para hacer algo importante?

1. ¿Pueden recordar a alguna persona a la que conozcan y que tenga un hermano famoso o una hermana notable? Hablen con esa persona y pregúntele cómo hizo para no envidiarlos.

2. Piensen en otros personajes bíblicos que hayan pasado por la misma situación. ¿Cómo les parece que se habrán sentido con respecto a Samuel sus hermanas y hermanos? ¿Será



que esta situación de celos y de envidia dentro de su familia les habrá creado dificultades a José y a Jesús?

Si le queda tiempo busque Mateo 25. Hable acerca de los talentos. ¿Es posible que Dios espera que usemos mas talentos de los que poseemos? ¿Es verdad que todos tenemos por lo menos un talento? ¿Será que viviremos toda la vida teniendo solamente un talento?

V i e r n e s

Daniel, un hombre de Dios

Que la Biblia sea real

1. *¿Conoce algún himno o corito que se refiera a ese personaje de la Biblia? Cántelo con los niños.*

2. *Déle a cada niño un lápiz y un papel para que realicen el siguiente ejercicio. También pueden hacerlo en grupo sobre un pizarrón o una hoja grande de papel. Se trata de resolver un acróstico del cual damos un ejemplo:*

D — Desinteresado
A — Animoso
N — Noble
I — Inteligente
E — Emprendedor
L — Leal

3. *Dedique unos pocos minutos para hacer un comentario acerca de la vida de oración de Daniel.*

¿En qué libro de la Biblia se relata la historia de Daniel? ¿Pueden encontrarlo?

Pida que cada niño pronuncie una oración cortita en la que le ruegue a Dios el valor necesario para permanecer de parte de la verdad tal como lo hizo Daniel.

Mis amigos:

¿Qué privilegio es para mí poder dirigirme a ustedes! Cuando todavía era muy jovencito tomé la decisión de darle a Dios el primer lugar en mi vida. En aquel momento parecía una resolución fácil de tomar y de seguir.

¡Poco sabía yo cuántas pruebas me tocaría enfrentar cuando llegara a ser adulto! Me había acostumbrado a hacer todas mis tareas con mucha responsabilidad y eso me ayudó a llegar a ser un estudiante sobresaliente. Y probablemente ésa es la razón por la cual un día me vi incluido entre los prisioneros que el rey Nabucodonosor trasladó a Babilonia, una tierra pagana.

Allí fue donde, en realidad, tuve que comenzar a tomar decisiones difíciles. Esos soldados creían que éramos los mejores jóvenes de Jerusalén, y el que estaba a cargo de nosotros pensaba hacernos aún mejores. ¡No se pueden imaginar qué clase de alimentos nos traían! En verdad teníamos muchas opciones.

Quizás algunos de ustedes se pregunten por qué mis 3 amigos y yo no comíamos todo lo que nos servían. Era porque no queríamos comprometer nuestra vida cristiana.

Mi meta principal había sido y seguía siendo la de vivir para Dios. Es verdad que la obtención de alimento especial nos dio bastante trabajo. Pero los resultados fueron dignos del esfuerzo.

¿Pueden imaginarse la sorpresa que se llevó aquella gente cuando tan sólo 10 días más tarde notaron que mis amigos y yo éramos muy superiores a todos los demás jóvenes de nuestro grupo? Y esa superioridad se notaba en todo aspecto. ¡Servimos a un

Dios maravilloso! Pero a decir verdad, ellos se burlaron de nosotros porque nos guiábamos por los principios de salud que habíamos aprendido. Y es posible que algún día a ustedes también les toque hacer el ridículo. Pero sepan que vale la pena porque tendrán mejor salud y vivirán más tiempo que quienes los hacen motivo de burla.

Después de cierto tiempo mis amigos y yo fuimos considerados como hombres de Dios por nuestros captos.

—Si usted tiene algún problema vaya a ver a Daniel o a uno de sus amigos hebreos —solían decirse unos a otros los dirigentes de aquel país.

¡Cuánto alabo a Dios porque nos fue haciendo más y más semejantes a él a medida que los contemplábamos, lo adorábamos y estudiábamos su Palabra!

¿Y recuerdan quién tenía la respuesta cuando el rey Nabucodonosar olvidó el sueño? Nuestro Dios y su siervo Daniel. Todos los dirigentes de esa nación sabían de dónde provenía mi fortaleza y mi conocimiento.

No piensen ni siquiera por un minuto que si dependen constantemente de Dios no tendrán ningún problema. Toda vez que ascendía un nuevo dirigente, mi Dios y yo volvíamos a ser puestos a prueba.

En cierta ocasión fui nombrado para presidir sobre 120 príncipes y otros 2 funcionarios de mi misma categoría. Mi intimidad con Dios les desagradaba mucho y por eso tomaron la decisión de librarse de mí a cualquier precio.

Mi forma de vida en la cual Dios ocupaba el primer lugar, mis prójimos el segundo, y mi yo el último, no constituía motivo para que desearan dañarme. Por lo tanto, apuntaron sus armas contra mi vida devocional. Se dirigieron al soberano y consiguieron que promulgara un decreto según el cual durante 30 días nadie podría recurrir en oración a ninguna divinidad ni con pedidos a ningún ser humano sino solamente al rey.

Entonces tuve que tomar ciertas decisiones muy serias. Es posible que ustedes ya las estén tomando también. ¿Estudian cada día la lección de la escuela sabática? ¿Aprenden los versículos de memoria? ¿Oran en voz alta en la escuela sabática?

¿Y qué me pueden decir del lenguaje que emplean? ¿Permiten que de sus labios salgan algunas palabritas feas? ¿Observan o escuchan cosas que no son para la gloria de Dios?

Quizá nunca sean echados en un foso con leones por ser fieles a Dios, pero sepan que de todos modos no gozarán de mucha popularidad en el ambiente donde les toque vivir si deciden seguir al Señor.

Sea que asistan a una escuela de iglesia o a una del estado, que sus padres sean ambos cristianos o que lo sea uno solo, que asistan a una iglesia grande o vivan en un lugar donde hay pocos creyentes, sepan que cada uno de ustedes puede establecer una gran diferencia en el lugar donde le toque desempeñarse.

Fijen su mente en esa meta. Tomen hoy mismo esa decisión. *Confiados en Dios y dependientes de él siempre vivirán como hijos e hijas suyos.* Independentemente de la posición donde los coloque el Señor, podrán estar seguros de que siempre estará junto a ustedes.

Permaneciendo en él,

Daniel

¿Qué hemos aprendido?

1. ¿Pueden recordar algunas cosas malas que Daniel haya hecho durante su vida y que figuren en el Biblia?
2. ¿Por qué la Biblia sólo dice cosas buenas acerca de Daniel? ¿Les parece que eso se debe al hecho de que Daniel y no otra persona escribió el libro que lleva su nombre? ¿Creen que ese profeta vivió una vida impecable? Fuera de Dios, ¿hay algún ser humano que no sea pecador?
3. ¿Qué rasgo o rasgos de carácter tienen ustedes en común con Daniel?
4. ¿Qué rasgos de Daniel desearían imitar en su vida?

Finalice la reunión con el himno "Honra al hombre de valor" que se encuentra en el Himnario adventista bajo el número 454.

S e g u n d o
s á b a d o

Salomón, un hombre sabio

Actividades grupales

1. *Pídales a los niños que busquen en sus biblias el nombre de Salomón. Indíqueles que verifiquen en cuántos libros y en cuántos capítulos lo han encontrado.*

2. *Distribuya papel y lápiz entre los niños. Pídales que cada uno dibuje algo relacionado con la vida de Salomón. También pueden hacerlo en conjunto o en el pizarrón.*

3. *Pregunte a cada niño: "¿Cómo identificarás a Salomón en el cielo?"*

Queridos buscadores de sabiduría:

Sé que cuando se acuerdan de David, mi padre, piensan en su vida de niño y de joven. Debo decirles que la mía fue un poco diferente de la suya.

Ustedes saben que mi mamá era muy hermosa. Mi padre se la quitó a su esposo y la amó mucho. Cuando aún era muy pequeño, mis padres me dijeron que un día iba a ser rey de Israel. A mí me tocaría edificar el hermoso templo que mi padre hacía tanto tiempo había deseado construir. En realidad, había sido un hombre de guerra durante muchos años.

Cuando llegó el momento de mi ascensión al trono, los acontecimientos no se dieron en absoluto tal como lo habíamos planeado. Uno de mis hermanos, apoyado por otras personas, se oponía y quería ocupar mi lugar.

Entonces el Señor me habló en un sueño. Me dijo que le pidiera lo que más deseara en la vida. No le pedí que me diera riquezas o fama. Le rogué sabiduría. Dios se sintió complacido por ello y prometió hacerme sabio y darme por añadidura riquezas, honra y una larga vida si tomaba la decisión de seguirlo (1 Rey. 3: 3-15).

Es probable que todos ustedes conozcan la historia en la cual resolví con sabiduría un problema que había surgido entre dos madres angustiadas. En verdad tomé muchas decisiones sabias durante mi vida y conduje a muchas personas a los brazos de nuestro Dios al hablarle de su bondad.

Pero lamentablemente un día comencé a fijarme demasiado en mí mismo. Me sentía tan bueno, tan inteligente. . . que llegué a estar complacido con mi persona. Allí fue cuando me olvidé de Dios. Comencé a tomar esposas paganas; por supuesto, con la intención de que se convirtieran.

Después de haber sido el rey más sabio de todos los tiempos, al cabo de pocos años me transforme en el más degradado, egoísta y arruinado de todos los hombres. Llegué a aborrecerme a mí mismo y a despreciar las cosas que había hecho. Mi mala influencia llevó a la ruina a un incontable número de personas. No hubo maldad que no hiciera o cosa dañina que no probara.

Pero me siento muy agradecido porque mi historia no termina aquí. Queridos niños, han de saber que su situación ante Dios



nunca es desesperada, tal como parecía haber llegado a ser la mía. El Señor no se dio por vencido conmigo. Me privó de su amoroso cuidado para llamarme la atención. Y entonces en mi reino comenzaron a suceder cosas terribles. De pronto se levantaron contra mí algunos adversarios que comenzaron a acosarme. ¡Aquello parecía increíble! Hasta algunos de mis servidores se volvieron contra mí.

Puedo decirles que me arrepentí de mi maldad como quien despierta de una pesadilla. Había disipado mi vida. No tenía poder para obrar con rectitud. Pero Dios estaba todavía a mi lado. Agradecido, reconocí su amorosa bondad y su poder (Ecl. 5: 8).

Aunque estaba arrepentido no podía librarme de mi pasado. Sin embargo, dediqué el resto de mi vida para corregir la horrible influencia que había ejercido sobre tanta gente.

¿Qué pueden aprender de mi vida, amiguitos?

1. "Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud" (Ecl. 12: 1).

2. La oración y la vigilancia son la única protección que tanto los jóvenes como los mayores tenemos contra el mal.

3. Huyan de las primeras insinuaciones del pecado. En cada paso que den en la vida preguntése: "¿Es éste el camino del Señor?"

4. Tengan cuidado cuando escogen compañeros. Cuanto más tiempo les dediquen tanto más llegarán a parecerse a ellos. Harán aquellas cosas que ellos desean hacer. Y el pecado les parecerá menos perverso cuando estén en su compañía. Por eso elijan a sus amigos con sabiduría.

5. Cada uno de ustedes ejerce una gran influencia para bien o para mal, no importa que sean dirigentes o dirigidos, soberbios y humildes, sabios o insensatos. "Mejor es la sabiduría que las armas de guerra; pero un pecador destruye mucho bien" (Ecl. 9: 18).

Les doy el siguiente consejo: "Cada acto, cada palabra, constituye una semilla que dará fruto. Cada acto de bondad reflexiva, de obediencia, de abnegación, se reprodu-

cirá en los demás, y por ellos en otros aún. Así también cada acto de envidia, malicia y disensión, es una semilla que producirá una 'raíz de amargura' (Heb. 12: 5), por la cual muchos serán contaminados" (*Profetas y reyes*, p. 63).

Perseverando en la fe,


el rey Salomón

Para hacerlos pensar

1. Repase los 5 puntos mediante los cuales los niños y los jóvenes pueden evitar caer en las mismas trampas en las que cayó Salomón. Déle a los niños amplia oportunidad para hacer comentarios. Escúchelos sin emitir juicios.

2. Pídale que traten de recordar alguna ocasión cuando la influencia de ellos haya determinado que unos de sus amigos hiciera una buena acción y otra en la que hayan influido para mal. Pídale que indiquen en qué medida es importante el ejemplo que dan.

3. Déle a cada niño la oportunidad de hacer una corta oración en la que le pida a Dios que le ayude a ser un ejemplo para el bien y no para el mal.



Un mensaje del presidente

Queridos hermanos en la fe:

En la historia de la iglesia remanente rara vez —por no decir nunca— el pueblo de Dios ha sido llamado a dar testimonio con un trasfondo de acontecimientos tan repentinos, sobrecogedores y plenos de anuncios proféticos como los que están sucediendo hoy día en nuestro mundo. Por ejemplo, a partir de nuestra anterior semana de oración hemos sido espectadores de la dramática declinación del comunismo como sistema político, económico y social. Y los hechos ocurridos en el Cercano Oriente nos han llevado a la reflexión.

Es plenamente notorio que “el Príncipe de los reyes de la tierra” está obrando desde su centro de comando supremo para hacer accesibles a la predicación áreas del mundo que hasta ahora habían estado vedadas a ella. Al referirse a los hechos que culminarían con su regreso a la tierra, Jesús habló en forma significativa de “guerras y rumores de guerras”. Pero también añadió: “Aún no es el fin” (Mat. 24: 6). ¿Cuál habría de ser, entonces, la señal más notable de la proximidad de su venida? Jesús dijo: “Y será predicado este evangelio del reino. . . a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (vers. 14). Si hubo una época en la cual los adventistas deberíamos buscar poder para “dar gloria a Dios”, ésa es la actual.

Durante los primeros meses de mi desempeño como presidente de la Asociación General me resultó muy alentador el descubrimiento de que en el complejo de nuestras oficinas, y también en nuestras iglesias, los discípulos de nuestros días están respondiendo al desafío que nos plantea la hora en que vivimos. Hace 2 años varios jóvenes integrantes del personal de la Asociación General comenzaron a reunirse una vez por semana para estudiar la Biblia y para orar. En la actualidad ese grupo se ha multiplicado por 3. He tenido noticias de que en diversas iglesias de todo el mundo se realizan reuniones similares.

Y además se está manifestando un renovado espíritu de sacrificio. En diciembre de 1991, la familia de la Asociación General votó renunciar a su festejo anual de Navidad. En cambio, empleó esos fondos —engrosados por sus donaciones personales— para hacer una contribución de alrededor de 18.000 dólares para reuniones de evangelización en Hungría, Polonia y Yugoslavia. La Asociación del Norte de California, conmovida por los acontecimientos mundiales, recientemente votó patrocinar 4 campañas de evangelización en la Unión Soviética. Y no porque tengan exceso de fondos. Su presidente, el pastor Don Schneider, solicitó la ayuda a los pastores de la asociación y obtuvo una respuesta muy entusiasta. Hasta he sabido de algunas iglesias que han adoptado a iglesias hermanas de la Unión Soviética.

Hace pocos meses el pastor Ralph Martin informó que la Asociación de Potomac, la cual él preside, iba a costear la estadía de un evangelista en la Unión Soviética o en Europa Oriental durante el período de un año. Estoy convencido de 2 cosas: (1) Esas asociaciones sensibles de los Estados Unidos tienen necesidades locales y (2) sin embargo, serán recompensadas por su abnegada visión mundial. Lo que Elena de White escribió respecto de los acontecimientos de sus días es tan nuevo para nosotros como el día de mañana:

“Son muy intensos mis sentimientos acerca de las necesidades de los países extranjeros, según me fueron presentadas. En todas partes del mundo, los ángeles de Dios están abriendo puertas que, hasta hace poco, estaban cerradas para el mensaje de la verdad. . .

“El manifestar un espíritu generoso y abnegado para con el éxito de las misiones en el extranjero es una manera segura de hacer progresar la obra misionera en el país propio; porque la prosperidad de la obra que se haga en él depende en gran parte, después de Dios, de la influencia refleja que tiene la obra evangélica hecha en los países lejanos. Es al trabajar para suplir las necesidades de otros como ponemos nuestras almas en contacto con la Fuente de todo poder” (*Obreros evangélicos*, pp. 480, 481).

Menciono los acontecimientos mundiales, la dadivosidad que llega hasta el sacrificio y los grupos de oración y estudio pues creo que todos ellos forman parte del plan con el cual Dios iniciará los hechos que culminarán con su regreso como Rey de reyes y Señor de señores.

La *Revista Adventista* es la publicación más importante de la iglesia destinada a mantenernos al corriente de los sucesos que cambian con tanta celeridad en nuestro medio y en el mundo que nos rodea. Les recomiendo que la lean y la estudien. Este número especial, correspondiente a la semana de oración, nos ofrece la oportunidad de investigar y orar unidos en tanto centramos nuestra atención en la vida de hombres y mujeres de la Biblia: personas con fallas y debilidades semejantes a las nuestras. Su experiencia nos da testimonio de que la victoria también puede ser nuestra, de que no hemos de desanimarnos sino seguir avanzando unidos hasta que “los reinos del mundo” hayan “venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él” reine “por los siglos de los siglos” (Apoc. 11: 15).

Sinceramente, vuestro hermano,

Robert S. Folkenberg, presidente de la Asociación General
de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

